Con vos, sin vos, conmigo

Laura Bacigalupo



*Novela_*

EL GUARDIÁN LITERARIO

Con vos, sin vos, conmigo

Laura Bacigalupo



*Novela_*

EL GUARDIÁN LITERARIO

Con vos, sin vos, conmigo

Laura Bacigalupo



*Novela_*

EL GUARDIÁN LITERARIO

Con vos, sin vos, conmigo

Laura
Bacigalupo

*Novela_*

EL GUARDIÁN LITERARIO

Bacigalupo, Laura

Con vos, sin vos, conmigo / Laura Bacigalupo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Guardián Literario, 2026.

(Biblioteca de autor)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6665-46-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

© 2026, Laura Bacigalupo

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.

El guardián literario es un sello de Editorial Bärenhaus

Todos los derechos reservados



© 2026, Editorial Bärenhaus S.R.L.

Publicado bajo el sello El guardián literario

Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.

www.editorialbarenhaus.com

ISBN: 978-631-6665-46-1

1º edición: septiembre de 2026

1º edición digital: agosto de 2026

Conversión a formato digital: Numerikes

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Sobre este libro

Sobre Laura Bacigalupo

Epígrafe

Prólogo

Primera parte. Con vos

Antes del principio

Encuentro. Leguizamón 245

Estudiantes

El amor

Contrapesos

La venganza

Verano 2020

Siempre hay alguien

Pandemia

La esperanza

Nuevas frustraciones

Carta a los médicos

Disociación

Segunda parte. Sin vos

La muerte

Inimaginable

Alianza

Subterráneo

Música

Despedidas varias

Regreso

Brisa

Devoluciones

Tu lugar en el balcón

Carta abierta

Fin de año

Tercera parte. Conmigo

Mi esencia

Calendario

Oscuridad

Fechas especiales

Sin registro

Recreo

Orgullo

Entorno

Repaso

Pregunta

Proyectos

Mientras tanto

Desafío

Buscarte

Proceso

Sueño

Presencia

Viajes

Sin saber

¿Qué verías?

Al final me di cuenta

Agradecimientos

9

11

12

13

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104

105

106

107

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

Sobre este libro

Hay historias que no buscan explicar el dolor, sino saber convivir con él. Con vos, sin vos, conmigo es el testimonio íntimo de una mujer que descubre que algunas ausencias no se superan: se aprenden a habitar. A través de escenas, recuerdos y emociones compartidas, Laura Bacigalupo construye un recorrido profundamente humano donde el pasado no sólo pesa, también sostiene.

Lejos de las miradas que reducen el duelo al olvido, estas páginas reivindican el valor de la memoria, de los pequeños gestos y de los instantes felices que continúan iluminando el presente. Porque hay vínculos que ni el tiempo ni la muerte consiguen romper.

Con una prosa sensible y luminosa, la autora ofrece una reflexión conmovedora sobre el amor, la pérdida y la fortaleza necesaria para seguir adelante sin renunciar a lo vivido. Una obra que abraza a quienes alguna vez amaron con intensidad y les susurra que el verdadero desafío no es irse con quien muere, sino aprender a vivir con quien ya se ha ido.

Sobre Laura Bacigalupo

Laura Bacigalupo nació en 1974 en Concepción del Uruguay, Entre Ríos. En 1992 se mudó a la Ciudad de Buenos Aires para realizar sus estudios de grado. Estudió abogacía en la Facultad de Derecho de la UBA y desde 1998 ejerce esa profesión. Ese mismo año se casó y, con el tiempo, formó una familia con tres hijos. Aunque la escritura la acompañó desde siempre, fue recién en los últimos años cuando decidió convertir esa vocación en un proyecto literario. Con vos, sin vos, conmigo es fruto de ese camino y reúne una parte de las experiencias y emociones que marcaron su vida reciente.

IG: @laubacigalupo

"Yo me pregunté hasta cuándo te querré como hasta hoy.

Vos me enseñaste llorando que de nada sirve el adiós".

De nada sirve, NO TE VA GUSTAR

Prólogo

Entre la anarquía de emociones que me provocó tu muerte, en estas líneas trato de ordenar algunas pocas de ellas. En especial, calmar un miedo enorme que no es al olvido, sino a la pérdida de intensidad de mis recuerdos. Quiero evitar con todas mis fuerzas que el recuerdo de una cena compartida finalmente sea tan sólo eso, el recuerdo de una cena compartida.

Siento la necesidad de honrar cada minuto de cada memoria y si bien sé que ello es imposible, al menos aquí intento dejar registro de algunos instantes. Detenerme en detalles de momentos salpicados, elegidos al azar y sin motivo —algunos sublimes y otros no tanto—, para rescatar lo que había detrás —o delante— de cada uno de ellos: el recuerdo del timbre de tu voz, de tu risa de costado, de tus cejas levantadas de forma asimétrica, tu mano apoyada sobre la mía mientras conversábamos en una sobremesa, la música que nos ha rodeado, una brisa de verano en la vereda, el aroma del mar caminando juntos y también del río que tanto te gustaba navegar.

Las fotos pueden traernos imágenes y los videos sumar movimientos; los audios, reflejar el tono de voz, pero lo esencial no puede ser captado por ninguno de esos medios. Tal vez la escritura sea lo que pueda acercarnos mejor a esos lugares que escapan a la materialidad.

Y lo que se escribe, no muere. Al contrario, mantiene vivo lo que fuimos y lo que somos, y nos deja un poco más livianos para poder seguir siendo.

Primera parte

Con vos

Antes del principio

Solía pensar que las grandes historias de amor, esas que trascienden, que sobresalen, surgen de manera abrupta, inesperada. Que desde su comienzo tienen una fuerza arrolladora que se lleva por delante todo lo que encuentran a su alrededor y transforman, en un abrir y cerrar de ojos, cualquier escenario. También imaginaba —tal vez por consumir ficciones enlatadas— que lo que trasciende es sólo lo extraordinario.

En contraposición, supuse que las historias comunes, ordinarias, pasaban de largo. Aquellas que no provocan ni desafían, no merecían entonces que sean contadas ni atendidas, como si les faltara emoción.

Crecimos prácticamente juntos, nos conocimos de adolescentes, nos casamos muy jóvenes y nos convertimos al mismo tiempo en adultos, hasta donde la vida nos lo permitió. En ocasiones caminamos a la par, aunque a veces ese paso no fue parejo y nos desafió a respetar nuestros propios ritmos; mientras uno avanzaba, tal vez el otro retrocedía o se quedaba en el mismo lugar, pero mágicamente —o no tanto— siempre volvíamos a coincidir.

Ese camino comenzó tibiamente, con idas y vueltas, curvas y contracurvas. Fue una relación cocida a fuego lento, y tal vez por ello, siempre tuvo el mejor sabor.

No hubo una historia despampanante, ni un evento icónico, no transitamos una transformación radical. Puede ser que se haya tratado de una historia del montón, pero justamente por su sencillez —sin estruendos ni reflectores, sólo por su tenue fuerza y convicción, por su compromiso y amor— nos llevó a desplegar

nuestra mejor versión y sin quererlo, lo cotidiano se volvió sublime y lo sublime, se convirtió en una extraordinaria relación de a dos.

Encuentro. Leguizamón 245

No recordaba exactamente esta dirección, sólo el nombre de la calle, por ser cercana a la casa de mis padres, en Concepción. Hoy me desperté recitando la altura exacta y lo corroboré en internet para ver si era cierto. Sí, en esa dirección, precisamente, se ubica la casa de tus primas, amigas de mi infancia.

Cuatro hermanas muy cercanas por aquellos tiempos. Una de ellas, empecinada por rescatarme de la tristeza por la pérdida de un amor de verano. Por aquel entonces, su primo era lo que ella consideraba el remedio para mis penas adolescentes. Un chico porteño, uruguayense de a veranos, candidato ideal según ella. Pero mi temprana tendencia a insistir con lo que me es negado hacía que para mí esa no fuera ni una remota posibilidad.

Recuerdo esa siesta de verano, entrando a la casa de ellas como si fuera la mía (no existía tocar el timbre ni golpear la puerta) cuando, al cruzar el cancel previo a la puerta de entrada, me encontré con vos, que justo salías rumbo a la playa.

Recuerdo tu gesto, tu mano en el picaporte, tu sonrisa de costado y tu sorpresa al verme entrar con tanta decisión.

—Hola, ¿están las chicas? —atiné a decirte. Ambos mirábamos al otro como si fuera un extraño. Ambos estudiábamos al otro con recelo, sin entender qué hacía entrando en su mundo...

En ese instante, las tres hermanas más grandes, vinieron a mi encuentro. La más pequeña, algunos años menor, por ese entonces, era la nena de la casa.

Vos ya te ibas a la playa, nosotras nos instalamos en el comedorcito para entregarnos a la charla, al hacer y deshacer la vida del pueblo en esas siestas de chicharras y calor agobiante. La playa, en todo caso, quedaría para más tarde.

Vos ya te ibas a la playa, pero necesitabas hacer algo antes, ¿necesitabas hacer algo? Algo que, antes de antes, sin embargo, no estaba en tus planes. Mientras tanto, te sentaste con nosotras y escuchaste de costado tejer y destejer anécdotas. Parecía que nuestras voces ni siquiera te tocaban, pero tenías la sonrisa contenida, desde allí hasta siempre. Lo recuerdo como si la escena estuviese sucediendo en este preciso momento. Sentado en una butaca, sin hablar, sin mirar, pero escuchando cada sílaba de nuestros diálogos.

Yo tenía como mucho quince años, vos algo así como veintidós. Finalmente, retomaste tu programa original y saliste rumbo a la playa. Una de ellas quedó fascinada con lo que yo no había visto, sentido, ni pensado: ¡Se quedó por vos! Nada me resultaba más extraño. También, por ese entonces, me resultaba indiferente. No me sorprendió, no lo registré, parecía una estrategia más para distraerme.

Por ese entonces cursaba la secundaria, pasaba de tercer a cuarto año. De mi parte, seguí persiguiendo amores que, por suerte, no se dejaron alcanzar. Vos hiciste lo propio. Aunque prefiero no saber sobre tus historias de aquel momento.

Nos encontramos nuevamente el verano siguiente. En mis vacaciones familiares y, por suerte, coincidentes en tiempo y espacio con las de tus primas en el este.

Una de las pocas noches que renunciamos con ellas a nuestras salidas nocturnas cotidianas, nos quedamos en su departamento, que por esas vacaciones también era el tuyo, jugando a un juego de mesa que ahora no recuerdo.

Nuevamente vos tenías otros planes, que pusiste en pausa para sumarte. Algo flotaba en el aire. Jugamos entre todos, y nos desafiamos. Hicimos apuestas y en una de tantas, yo perdí... y vos ganaste. La prenda fue salir juntos una noche en el Este. Acordamos día y hora. Estábamos jugando. Nunca lo tomé en serio. Para mí no era más que un juego.

No te esperé la noche convenida. No creí que fuese cierto. No porque fuese imposible sino porque era una prenda de un juego de esa sobremesa. Sin embargo, por siempre, años y años después, seguí escuchando estoicamente el reclamo por no haber cumplido ese día mi promesa. Me pasaste a buscar el día y en el horario definido y yo no estaba.

Para compensar, combinamos otro encuentro para otro día y horario. Acordamos como destino el parador de playa que estaba de moda. No hubo mucho baile, más bien tragos y una vuelta a casa poco lúcida de tu parte. Recuerdo volver caminando. A la par. Uno con más solvencia que otro. Pero juntos. Creo que desde entonces empecé a cuidarte.

Estudiantes

Estabas terminando lo que yo empezaba. Nos acompañamos en esos caminos. Pude estar ahí el último día de tu última cursada. Como vos también estuviste luego, el último día de la mía, seis años después. Siempre con estilos tan distintos, pero complementarios. Todo era nuevo. Esa etapa de mi vida que empezaba —con mudanza incluida y arraigo en otra cuidad— y la de la tuya que estabas cerrando un ciclo universitario.

Me recuerdo entrando a ese edificio que parecía inconcluso, de paredes altas, ladrillos sin revocar, techos eternos que para encontrarlos tenía que inclinar la cabeza hacia atrás y la escalera de mármol blanco que nacía desde el centro de ese lobby gigante y se perdía hacia arriba, sin final. Allí, parada sobre el primer escalón y apoyada en la baranda, esperé hasta que bajaras, luego de terminar de cursar el último día de tu última materia. Estaba incómoda. Tenía miedo. Me sentía ajena.

Ahora lo pienso y desde mi mirada de adulta no lo comprendo, pero a mis diecisiete años dudaba. Dudaba sobre si era lo adecuado presentarme en ese lugar, sin aviso previo, de sorpresa, pero, sobre todo, dudaba de si te iba a gustar. Temores adolescentes, inseguridades, en especial de cuando algo recién comienza.

Te vi bajar tranquilo, seguro y te acercaste a saludar. Me preguntaste qué estaba haciendo en ese lugar mientras tu sonrisa asomaba contenida y vino a confirmarme que yo estaba donde tenía que estar.

Tal vez ese evento inauguró nuestras sucesivas mutuas y eternas sorpresas. Todas distintas pero parecidas en esencia y siempre en

viceversa. Siguieron muchas, hasta siempre. La causa solía ser anecdótica, un examen o un día de trabajo que el otro sabía difícil, almuerzos improvisados, fiestas sorpresas, regalos pensados y dedicados, notas debajo de una almohada, mensajes inesperados, acompañando logros o dificultades, pero sobre todo estando presentes de manera mutua en el camino del otro.

Y la bendición de que esas sorpresas, en algún lugar, tampoco lo eran porque nos reconocíamos en ellas. La sorpresa, para ser tal, supone, en el fondo, conocer al otro para poder sorprenderlo, pero en ese conocimiento también está la confianza.

El amor

Caminar a la par. Proteger. Dejar volar. Acompañar. Sostener. Apoyar. Celebrar. Reconocer. Admirar. Abrazar. Besar. Desear. Escuchar. Proyectar. Crecer. Brindar. Compartir. Anidar. Listado de verbos incluidos en uno sólo: AMAR.

Sin mucha introducción dijo: "A veces me reencuentro con parejas que casé hace muchos años y me cuentan con orgullo: 'Nos queremos como el primer día'". Entonces reflexionó: "El logro es hacer crecer ese amor. Espero que al encontrarlos nuevamente puedan decirme cuán lejos están de ese primer amor, cuán lejos están de aquello que hoy sienten".

Esas palabras dichas al pasar por un sacerdote en nuestro curso prematrimonial fueron tu mantra. Cada vez que querías resaltar cuánto me querías volvías a ellas y acentuabas que tu amor crecía día a día, crecía con el paso del tiempo. Decías que era más profundo que el día anterior y apostabas a que sería menor que al día siguiente.

Como en muchas otras cosas de tu vida, tenías en claro dónde estabas y hacia dónde querías ir. Me doy cuenta de que fuiste el mejor socio de vida. Construimos una dupla, luego un equipo. Cada uno con su rol, avanzando en forma independiente, pero juntos.

Pasamos por épocas de amor romántico, donde las nubes eran nuestro hogar, otras de trabajo duro, donde la distracción no tenía cabida, pero siempre a la par.

Ese entendimiento profundo, pero nunca explicitado de que el amor es construcción. Ladrillo por ladrillo, capa por capa. Atendiendo

primero a levantar los cimientos para darle fortaleza a la relación. Mucha complicidad, miradas suficientes para decir mil verdades, esperanzas permanentes, olas que revolcaron ilusiones y épocas para sobreponerse. Proyectos, viajes, decisiones.

La tranquilidad de saber que siempre querías lo mejor para los dos. Sin egoísmos. Sin distinciones. El privilegio de saber que en vos encontraría una mirada desinteresada, una mirada amorosa, contenedora. Tan distinto a lo que estaba acostumbrada a pesar de haber sido criada con muchísimo amor.

Te gustaba ese rol y pude agradecerte a tiempo el haber sido mi mejor mentor.

Contrapesos

Sabías cómo conquistar ciertos espacios. Los fines de semana te gustaba cocinar y cocinarnos. Ese delantal pintado por uno de tus hijos con trazos gruesos en una actividad escolar del jardín de infantes era tu uniforme preferido para sumergirte en ese mundo de fines de semana. Como todo lo tuyo, la cocción siempre era a fuego lento. Excusa para prolongar los momentos previos, de conversaciones interminables.

Te movías con soltura y cierto desorden que por aquel entonces me molestaba. Te reías y yo me enojaba. Mientras tanto ellos jugaban y cuando los llamabas a la mesa siempre tardaban en llegar; entonces, te enojabas y era yo quien se reía y disfrutaba.

Esos pesos y contrapesos tan simples y cotidianos también estuvieron presentes cuando las cosas se volvieron más espesas. A veces llegábamos a los extremos, como un péndulo. El nacimiento de cada uno de nuestros hijos nos desafió en cada ocasión. Fueron momentos en los cuales nos acercábamos a los extremos, aunque con el correr de los meses el vaivén siempre iba disminuyendo y el movimiento haciéndose menos intenso.

Los caminos hacia las decisiones trascendentales o hacia las más cotidianas, y los caminos que emprendíamos justamente después de tomar cada una de esas decisiones, también nos han llevado, muchas veces, de un extremo a otro. De igual manera, o aun de maneras más intensas, recorrimos también juntos los caminos que no nacían de nuestras voluntades sino de imposiciones de la vida, incluso, la más dolorosa de todas que llegó con el otoño en un mes de marzo de malditos diagnósticos. Construimos nuestro propio mundo, aunque muchas veces con miradas diferentes. Ni las

imposiciones más desagradables ni los dolores profundos pudieron torcer nuestro rumbo. Aunque se tratase de un presente sinuoso, cuesta arriba o cuesta abajo, suave o áspero, fuimos bendecidos con tenernos y supimos transitarlo juntos, construyendo nuestro propio mundo.

El CD

Fue un domingo como tantos otros. Domingos de rutinas familiares antidomingos en los cuales salíamos a cenar los cinco, temprano, ya que al otro día "había colegio", aunque faltaba poco porque estábamos en el mes de diciembre. Fue un domingo de cena con música y de regalo promocional de un CD grabado con canciones inéditas de artistas amateurs que querían darse a conocer. Aún recuerdo el dibujo de la tapa.

Y pronto llegaron las vacaciones y nuestros viajes al este. Siempre por el camino más largo. Te resistías a hacerlo diferente. Siempre a tu manera, aunque todos protestáramos. Sin embargo, te dejábamos hacer. Y, al final, nunca estaba mal. Ese verano no fue la excepción y por cierto, tuvo un toque especial. Durante todo el viaje y cada uno de esos días, sonaron de fondo las letras de esas canciones inéditas del CD regalado, algunas en español y otras en otras lenguas.

Nos daba gracia tu convicción de que sabías portugués y entonabas esas estrofas compenetrado. Repitiendo lo que entendías e inventando lo que no, compenetrado —cierro los ojos y puedo ver el rictus de tu cara, tus expresiones, cantando mientras extendías tu mentón hacia adelante y entrecerrabas los ojos.

Ese CD fue sinónimo de un verano. No sé exactamente dónde está, tampoco sé si aún lo conservamos o pereció en alguna mudanza o embestida de una puesta en orden despiadada. Sin embargo, sí sabemos que fue parte de aquel verano, que fue parte de lo que fuimos y de lo que somos. Aún lo recordamos.

Un gesto

Recuerdo que por ese entonces hacíamos malabares para poder cumplir con nuestras obligaciones laborales y, a la vez, darle a quien hasta ese momento era nuestra única hija lo que creíamos era lo mejor.

El verano se imponía y nuestro ritmo laboral era frenético. Agus tenía su espacio en una colonia de verano, pero como siempre, la logística era complicada y algunas veces no podíamos llevarla. Pero contábamos con manos extras para esos momentos. En esa ocasión fue tu mamá quien la llevó a la colonia. Ese día Agus llevaba un globo amarillo entre sus manos, sentada en la falda de su abuela yendo hacia su actividad en un auto de alquiler. Sin embargo, el calor de ese día, una ventanilla baja, y la suavidad de sus manitos al sostener la piola hizo que el globo se deslizara para volar e irse lejos, para no volver. Nunca lo supimos, pero los dos imaginamos su frustración y angustia. De nuevo la logística compartida hizo que seas vos quien la fueras a retirar de su actividad. Y ahí llegaste, con un globo amarillo entre tus manos. Siempre me sorprendías con las distintas formas de vincularte con nuestros hijos, y hoy especialmente valoro la riqueza que hay en las distintas miradas que quedaron sembradas.

Regalo

Hoy tuve un recuerdo, entre tantos, que me sacó una lágrima y una sonrisa al mismo tiempo. Fue un regalo de Navidad. Esa bolsa de Rapsodia me traía una remera. No sé exactamente por qué fui a cambiarla.

La bolsa tenía varios adhesivos pegados. Cada uno de distintas formas y con frases alusivas a las fiestas. Al llegar a la caja del local, recuerdo que apoyé la bolsa ante la mirada de más de una de las vendedoras que esperaban acodadas cerca de la caja, que parecían sin mucha actividad. Recuerdo que la puse de costado para sacar la prenda de adentro y advertí que se miraron entre ellas... me puse en alerta. Tal vez esperando que se negaran al cambio o plantearan alguna traba.

Hasta que una de ellas se animó a hablar y me dijo:

—¿Vas a cambiarla?

—No lo sé —le dije—. Probablemente no, pero quiero ver otras opciones.

—De acuerdo. Sólo dejame decirte que reconocimos esa bolsa por el amor que pusieron en su preparación. La persona que vino pegó minuciosamente distintos adhesivos alusivos a las fiestas, la decoró. En broma le preguntamos si no serían demasiados y nos respondió: "Esto no es nada en comparación con todo lo que ella se merece".

Ahora lo escribo y me da vergüenza. En ese momento me sentí enorme. Todas habían quedado embriagadas de ternura por tu gesto. Yo también. Una vez más.

Disimuladamente guardé la remera en esa misma bolsa y volví a casa.

De regreso, me preguntaste cómo me había ido. “Muy bien”, te dije. No encontré nada más lindo que esto, fue mi respuesta.

Creo que nunca llegué a contarte esta mínima historia.

La venganza

¿Venganza de los dioses?

Quedó flotando desde entonces hasta ahora la respuesta a esa pregunta. Mezclada con el arrepentimiento por tanta sinceridad.

Mi familiarización con los dioses griegos data de aquellos tiempos adolescentes en que todas las noches escuchaba en la radio "La venganza será terrible", un programa en el cual, encuentro tras encuentro, Alejandro Dolina narraba historias sobre cómo esas voluntades divinas dejaban crecer en los hombres la ilusión, el amor y la felicidad para luego disfrutar destruyéndolo todo por el simple placer de hacer sentir su superioridad e imponer su deidad sobre los destinos de la gente que creía en ellos.

Me maravillaba reflexionar en la infinita ingenuidad de los destinatarios de tan enormes beneficios, quienes no se detenían a pensar en que cuanto más arriba estaban en su felicidad más abrupta podría ser la caída.

Recuerdo que en alguna confesión planteé esta inquietud a un sacerdote. Con aplomo borró de un plumazo todos mis temores. "El círculo de las cuestiones divinas es virtuoso" me dijo y agregó: "No hay margen para que el amor no se reproduzca como una espiral ascendente". Eso fue todo lo que necesitaba escuchar para sentir paz a pesar de tanta dicha.

Los años que siguieron elegí pensar que el Dios con el que hablaba y en el cual creía había decidido darme tanto porque sabía de mi fragilidad. Sabía que no tendría espaldas para soportar mayores contratiempos ni dificultades. Ni siquiera cotidianas, esas de la vida

diaria y mundana. En mi creencia, Dios sabía que no tendría la capacidad ni la fortaleza para afrontar desafíos ni sobreponerme a desvíos, fueran propios o ajenos. La bendición de tener hijos —que se veían perfectos— no era sinónimo de esfuerzo educacional ni de genética trabajada, sino una gracia que venía a compensar mis carencias. Lo mismo en cuanto a la pareja, el amor profundo y sostenido vigente por décadas, recíproco, respetuoso, no tenía que ver con los esfuerzos compartidos, los objetivos comunes y sinceros, ni con el registro mutuo y cariñoso de uno para con el otro. Era una bendición. Entonces, conociéndome, ese Dios había decidido regalarme una vida feliz, sabiendo de mi debilidad para afrontar o sostener algo que fuera distinto, más arduo o escabroso.

Con esa convicción recorrí años de maternidad y de matrimonio. Años felices, inmensamente felices. Todos y cada uno de ellos. Juntos. En armonía. Familia unida, amorosa, cuidándose mutuamente. Pendientes todos de todos. Comprometidos. Compañeros. Como Los tres mosqueteros de Alejandro Dumas, pero de a cinco: Uno para todos y todos para uno. El mejor equipo que supimos tener.

Y así, un 31 de diciembre fuimos los cinco a recibir el año 2020 a una cena de familia ampliada. A minutos de llegar la anfitriona, amiga de mi infancia y prima de mi amor, celestina de la mejor de las uniones concertadas hacía ya más de veinte años, entre la música estridente, la comida deliciosa y los tragos abundantes, disparó una pregunta directa al corazón: “¿Sos feliz?”.

Su inquietud me dejó perpleja. No había motivos para dudar de la respuesta, pero verbalizarla suponía poner en palabras el sentimiento más profundo y cuidado que tenía. Algo así como mostrar mi tesoro. Sin embargo, de manera instintiva, apresurada pero sincera, respondí contundente y sin lugar a dudas que sí. “Soy profundamente feliz”, le dije.

Fue un instante con sensaciones que siguen marcadas en todo mi ser. No entiendo por qué esa pregunta, y más aún esa respuesta, me convulsionaron tanto. Como si un rayo me hubiese atravesado en el mismísimo momento de darla, sentí la necesidad imperiosa, vital, de volver atrás y meditar esa respuesta. Incluso sentí la necesidad de cambiarla. Temí a los dioses. Me sorprende la huella física que dejó ese instante fugaz. Sin embargo, no había razón para corregir la respuesta que había dado. La verdad estaba dicha, pero algo se sentía mal.

Siguió el festejo familiar, recibimos el 2020 con brindis multitudinario, bailes divertidos y risas desenfrenadas. Nada podía estar mal. Luego se sucedieron las vacaciones de verano a las que estábamos acostumbrados. Días de playa eternos y compartidos, caminando en pareja por la orilla del mar, perdiéndonos hasta encontrarnos y con los hijos disfrutando de ese recreo anual de vida familiar. Dulces días estivales para atesorar.

El regreso a la rutina fue impensado. Nos esperaba la pandemia para toda la humanidad y, especialmente, para nosotros, un diagnóstico médico atroz que terminó siendo letal. En meses nuestra vida se derrumbó como un castillo de naipes y el final fue peor de lo que por entonces podía imaginar.

En mis ratos mayoritarios, que son de soledad, me pregunto si esa respuesta tan contundente, certera y veraz sobre mi real estado de bienestar no fue el puntapié inicial para despertar la furia de esos dioses griegos que decidieron, en consecuencia, volver todo hacia atrás.

Me pregunto si reconocer tan sincera y abiertamente mi felicidad no fue la causa que provocó el castigo ejemplar y quitándote de mi vida esos dioses lograron vengar ese reconocimiento abierto y sincero de mi entonces completa felicidad.

Verano 2020

Ese verano sin dudas fue especial. Desde el inicio fue demandante. Un persistente dolor de espalda te puso en alerta. Ese dolor no era habitual. Recuerdo que me puse al hombro una parada intermedia en el recorrido hasta llegar al lugar del destino final. Reservé para esa noche un hotel en medio del verde y cerca del mar. Estaba exultante por lo lindo del lugar. Todos, empezando por vos y siguiendo por ellos, celebraron mi elección. A la tardecita fuimos a caminar.

Sin embargo, tu espalda reclamaba atención. Supusimos, con algo de inocencia, que el cansancio del año transcurrido y las peripecias de ese viaje tenían la culpa de tu malestar.

Continuamos hacia el destino final. Llegamos y nuestra rutina esteña era cada vez mejor. Sin embargo, a poco de llegar me enteré de lo que, por ese entonces, parecería ser lo peor. Algo no estaba bien en mi trabajo y requería atención. Una preocupación permanente me sacó de foco y me llevó a concentrar mis pensamientos en cómo superar esa situación. Recuerdo que me debatía entre atenderte y poder dar respuesta a las demandas laborales durante y a pesar de nuestro receso estival.

Caminábamos juntos por la orilla de ese mar intermitente. Me obligaba a pensar en que no había razón para contaminar nuestro recreo. Nuestro sagrado recreo. Recuerdo caminar juntos por esas playas desiertas, hundiendo nuestros pies en la arena de la orilla, vos en la más blanda y cansadora; yo sobre la más firme, aunque fría por las olas que venían para retroceder al instante.

Me recuerdo obligándome a pensar en conectar con vos, justamente para desconectar. Me resultaba difícil. Mi obligación le ganaba al placer, a ese momento de disfrute juntos. Recuerdo repitiéndome como un mantra que dejara atrás esa preocupación. Me hablaba, me aconsejaba, pero no podía salir de ese lugar. Como no lo lograba, mientras caminábamos, recurrí a un recurso extremo. Me obligué a pensar, para dejar atrás mis pensamientos, que debía actuar como si esa fuera nuestra última vez en ese lugar. Recuerdo que caminaba por la orilla, al lado tuyo, mientras puse a prueba esa receta y buscaba la solución.

Y resultó. Al final resultó. Eso me permitía y me permitió conectar con vos. Hablábamos de nuestros hijos, del año próximo, de nuestros planes y proyectos y también le buscábamos explicaciones a tu dolor. Nunca, ni remotamente, pensé que ese ejercicio que me llevaba al disfrute del presente se volvería una concreción. Nunca, ni remotamente, supuse que no habría más orillas recorridas, ni arenas blandas ni mares yendo y viniendo entre nuestros pies, ni conversaciones arreglando el mundo y pensando futuros.

Sin embargo, ese ejercicio momentáneo me ayudó a desconectar de lo que en ese momento parecía insuperable sin serlo. Ese latiguillo para el momento fue al final una salvación. Como si desde algún lugar hubiese sido guiada para poder disfrutar y compartir cada momento de lo que finalmente sí sería nuestro último verano.

(Con vos, en un tiempo sin tiempo).

Siempre hay alguien

El peor diagnóstico llegó en soledad. Tenía la ingenua certeza de que recurriendo a quien más sabía sobre esa enfermedad encontraría las palabras exactas para derribar esa primera devolución de médicos de turno preocupados por entregar una guardia.

Ahora no había apuro. Hice la llamada en el medio de un día laboral. La reunión programada podía esperar unos minutos. No bastarían más para escuchar que no había de qué preocuparse. Quería demorarme con ese llamado para luego llegar más tranquila y liviana al evento programado, con la cabeza despejada de todos los fantasmas que desde hacía pocos días me perseguían de manera insistente.

Sin embargo, la llamada fue demoledora. Las dudas no existían. Las certezas, abrumantes. Pero no había nadie que quisiera escucharlas. A veces, la negación es un antídoto. Otras tantas, un egoísmo.

Luego, no hubo espacio para nada. No hubo ninguna reunión, tampoco resto del día, ni de semana, ni de nada. La tierra se partió en dos y por la grieta caí hasta el más profundo de los abismos. En soledad.

Lloré cuando puede y como pude. Quería salir corriendo de ese lugar, pero no tenía ninguna idea hacia dónde. Sin embargo, tomé mis cosas y me fui, me sumergí en el subte. Ir camino a casa sería lo mejor.

Me senté en uno de los asientos del medio. Apretada contra mí misma. Mi mentón contra el pecho. Con vergüenza. Mis lágrimas corrían incesantes. Apretaba los ojos para contenerlas. Me dolía el

pecho por la angustia reprimida y mis manos entrelazadas sobre la falda acompañaban los rezos frenéticos pidiendo que eso no fuese verdad. Hasta ese entonces no había en nuestros mundos nada más terrible que lo que estaba sucediendo. Quería morirme en ese mismo momento. Me dolía la cara del esfuerzo por ahogar el llanto ingobernable, pero la realidad tan básica me hacía abrirlos cada tanto porque necesitaba ver en qué estación bajar para ir a tu encuentro.

En uno de esos parpadeos, al abrir los ojos con pánico por la realidad, encontré un brazo tendido, sin saber desde dónde, entregándome en forma muda un pañuelo blanco. Desenlacé mis manos y lo tomé sin dudar. Al recibirlo sentí un abrazo infinito del universo, un mensaje sencillo y enorme. Anónimo. Mostrándome que el amor está en los pequeños gestos. Que no hace falta mucho más que mirar hacia el costado, entregar lo que se tenga a mano y aunque uno crea que es insignificante tal vez sea suficiente para rescatar a alguien de su infierno.

No tengo mucho más registro que ello, menos aún quien fue. Sólo recuerdo que en ese momento ese gesto me devolvió a la vida, me dio ánimo y fuerzas para bajar en mi parada e ir hasta vos un poco más entera. Estaba lista para continuar.

Estaba lista para continuar incluso mucho más allá de todo. Entender el poder de lo mínimo y tener la posibilidad de vivenciarlo fue en ese camino un privilegio —y también una interpelación a replicar eso mismo en lo que estuviese a mi alcance—. Fue poder conectar e ir bien hasta el fondo, aun cuando doliera, aun sin palabras. Los gestos, en general mínimos, me siguieron acompañando, tanto recibiendo como entregando. En todo proceso, por más doloroso que sea, hay dulces sutilezas que abrazan. Simplemente hay que tener la mirada dispuesta y saberlas descubrir, y por supuesto luego, agradecer y reproducir.

Pandemia

La pandemia fue la causa que nos mantuvo recluidos. Tu amada vida al aire libre, por entonces, fue censurada. Pero tan pronto como se iban levantando esas barreras, aprovechabas el espacio para salir a buscar los más lindos rayos de sol. A veces, en forma de caminatas —ya no estabas para correr maratones como años anteriores, ni siquiera para los trotes livianos por los bosques de Palermo— o en bicicleta, suave pero pleno.

Sumaste a ese ejercicio disfrutado a varios. Lograste convencerme de que vuelva a rodar, lo que tal vez no supiste —o sí— es que estuve allí sólo por vos. No era un paseo como aquellos en la casa de mi abuela, eran nuestros espacios móviles para seguir compartiendo vida. Incluso sumaste a toda una camada. Hacia finales de ese año pandémico, donde todos estábamos recluidos, con la complicidad de un amigo, recorrieron sobre dos ruedas, sábado tras sábado, gran parte de Buenos Aires padres e hijos de todo primer año del colegio de tu hijo. La convocatoria tuvo por momentos muchos adeptos, otros no tanto, pero vos lo disfrutabas. A mí me preocupaba ese sobreesfuerzo que veía en tu cuerpo. Pero vos lo disfrutabas. Como tantas veces, controlaba mis miedos, mientras que a vos nadie te frenaba. En lo bueno y en lo no tanto, tu tozudez ganaba.

Luego, meses después recibí un mensaje que hasta el día de hoy escucho cada tanto. Con una sensibilidad distintiva alguien más había advertido cómo te colaste en esa reunión de padres, meses después de que ya no estabas. Fue una reunión con autoridades del colegio donde se filtró el recuerdo de esas bicicleteadas y de repente, sin pensarlo, alguien trajo como ejemplo esa lúdica actividad como motivo de integración entre esos niños que iban

creciendo, los que ya se conocían y los que recién llegaban, compartiendo deportes con sus padres que los acompañaban.

Ese mensaje que hasta hoy escucho me hablaba de vos y de esos encuentros. Como un efecto mariposa, uno nunca sabe hasta dónde llegan nuestras acciones independientemente de la intención que se tenga al realizarlas. Ese mensaje que escucho cada tanto es la confirmación de que vuelves a nosotros todo el tiempo, de distintas formas, te traen, te buscamos y también vos venís a nuestro encuentro y dejamos que nos alcances.

La esperanza

No niego esa gracia de Dios. Ese botón de pausa que frenó por unos meses una carrera desigual.

No niego esa gracia de Dios, pero, sin embargo, estoy convencida de que esa puesta en suspenso divina que nos permitió compartir un año especial pudo ser porque encontró en vos tierra fértil. Encontró en vos condiciones para sostener la detención del avance de la enfermedad. Esa linda predisposición positiva, tu optimismo, serenidad, aplomo y fortaleza construyeron el mejor de los diques para frenar e incluso revertir —aunque fuera por un tiempo— todo lo que estaba mal.

Te sostuvo la esperanza, y si bien parecería ser que perdiste o que perdimos la batalla, más allá del final me detengo en el camino recorrido. Fue un año de aprendizajes, de conexión profunda más allá de la ausencia de palabras. No podíamos pronunciarlas. Fue un año de pocas reflexiones dichas, pero de una intensidad extrema en nuestro vínculo. Nada se decía. Creo que no podíamos. Sin embargo, todo se hacía. En sintonía. Yo bailaba a tu ritmo. Me dejaba llevar por el camino que elegías mientras sentía como vos te recostabas en mis brazos para dejarte contener y abrazar.

Las decisiones más trascendentales no las abordamos. Quedaron para mí infinitas cuestiones estructurales por resolver. No nos dimos tiempo ni lugar para tratarlas. Sin embargo, cada decisión mínima y cotidiana la abordamos como si fuera trascendental. La atención estuvo puesta en lo importante. Testigo de ello fueron esos cafecitos improvisados burlando agendas laborales. Sentados en veredas extendidas, ganadas a las calles; a veces, incluso, recostados en la pared del frente de una casa cerrada en forma hermética —

probablemente por temor pandémico— con nuestros vasos humeantes bajo soles tibios de un invierno atípico. También bajo una lluvia torrencial que sin aviso se desplomó sobre nosotros pero que no logró conmovernos. Nos quedamos bajo ella. Mojándonos con nuestras sonrisas todopoderosas que se burlaban de la estampida de otros que corrían en busca de refugios. Nosotros no lo necesitábamos. Estábamos juntos, ¿qué más? Estábamos juntos como si no hubiera principio ni final. O como si nosotros fuéramos al mismo tiempo esa conjunción atemporal.

Me detuve en esa imagen, pero seguro tenemos tantas otras para repasar... En donde los hilos de la gracia divina y los de la esperanza tuya nos sostuvieron aun frente a tanto pesar. Tal vez no bastaron para dar vida, pero al menos sí la lograron prolongar.

Mar de fondo

Hace días que estoy inquieta, ansiosa. La sensación es difícil de describir. Hay algo que no me permite estar tranquila, que me perturba, que evita que me concentre. Doy vueltas sobre mí misma, sobre mis cosas. Como los animales salvajes, en el preludio de una tormenta.

Y caí en la cuenta de que efectivamente, viéndolo en perspectiva, por las fechas, sí que estoy entrando en la época de la peor espiral descendente.

Febrero fue siempre nuestro mes de vacaciones familiares, de sol y playa, juegos, amor y descanso. Sin embargo, en un febrero (2020) comenzaron los primeros signos de alerta, muy incipientes, y el cielo comenzó a opacarse con algunas nubes que al principio fueron pasajeras pero que al tiempo se empezaron a instalar. Y el febrero siguiente vino a redoblar el golpe con dureza y la lluvia ya caía como diluvio sin tregua.

Un día como hoy mis amigas me invitaron a cenar. Querían verme, querían escucharme... y a mí como me costaba ese plan. Vos habías estado todo ese jueves con malestar y yo me resistía a no estar. Me pediste e insististe que aceptara. Más por vos que por mí, decidí salir.

Cuando volví me estabas esperando. Ansioso por verme y expectante para conversar.

Al día siguiente hiciste varias cosas, trámites, banco, llevaste a Bauti al club y viniste luego a recostarte. Te levantaste de la siesta muy molesto, dolorido, yo estaba en una llamada de trabajo. Me hiciste seña que salías. Corté abruptamente la llamada para ir a alcanzarte.

Salimos juntos. Habías hablado con el médico para verlo. Era un viernes de verano por la tarde.

De allí al sanatorio. Nuevos estudios y análisis. Nueva internación y allí quedaste. Por COVID-19 había rutinas adicionales, así que en vez de ir directamente a una habitación primero te recibirían en otro piso para hisoparte. Hablé con el médico y las cosas empezaban a complicarse. Pensé en mis hijos, en nuestros hijos. Funcionaba en piloto automático.

Fui a casa a buscar tu mochila y tus cosas, cepillo de dientes, libro, cargador del celular y volví con tu chiquitina a dejártelas. Sin embargo, nos prohibieron pasar. Por el horario nadie nos podía dejar entrar. Excusas, malos tratos y la indiferencia extrema. Estuvimos paradas en la puerta por minutos que luego se convirtieron en horas, pero no hubo excepciones ni escuchas del caso. Nos fuimos al auto a esperar. Ella llevaba tu mochila en la mano y sus ojos ya estaban hinchados de tanto llorar. Al verla, comprobé una vez más que el dolor ajeno duele más que el propio. Volvimos a casa, sin más.

Nuevas frustraciones

Nos comunicamos a las 6:38 am. Amanecí con un par de notas de La Nación que me habías mandado por WhatsApp.

Hasta entonces no me quedaba a dormir con vos. Nuestros hijos más chicos estaban solos en casa. Y la más grande había regresado recién de sus vacaciones adolescentes contagiada de COVID-19, por lo que quedó aislada en el departamento de mis tiempos de estudiante.

Me escribiste contándome que habías dormido poco pero bien, aún conservo ese mensaje y la foto que me mandaste esa noche. Desde la cama del sanatorio, pero con tu pulgar en alto.

Me pediste que rezara para que pudieras volver pronto a casa. Aunque no me lo pidieras, rezaba siempre.

Te pregunté si habías hablado con tus padres, "nada" me respondiste. Estabas contrariado. Traté de entenderte.

Me contaste que la mochila te había llegado correctamente. Creo que nunca te enteraste de los pormenores de la noche anterior cuando tratamos con tu chiquitina de que en la guardia del sanatorio alguien la acepte. Cada vez que lo recuerdo y me veo ahí parada con ella llorando —por no entender como una norma administrativa de quienes estaban en la guardia podía privarte de cuestiones tan simples—, pidiendo y reclamando que nos la acepten, me duele el alma. No por la importancia real de lo que teníamos para dejarte, ni por el hecho de que nos ignoren, sino porque ese fue un símbolo inicial y pequeño de otras miles de microbatallas que, sin saberlo, el sistema nos iba a obligar a dar. Esas otras batallas silenciosas,

burocráticas, despersonalizadas, que se presentan en el medio de la que es realmente importante, esas cuestiones regulatorias que nublan la mente y quitan energías de donde uno quiere y necesita poner el corazón.

Carta a los médicos

Estas líneas no traerán aparejado ningún cambio substancial. No lo espero, tampoco lo busco. Sólo drenar algo del dolor y contarles a quienes formaron parte de este camino que un gesto, a veces, puede cambiar la historia. No por los finales que a veces son inevitables y tristes, y están escritos, pero sí por cómo se camina ese trayecto hasta llegar a ellos.

La diferencia, muchas veces está ahí, en el camino y no en el final de la historia. La muerte puede ser inevitable, pero cómo caminar ese camino y con quién se camina seguramente hará la diferencia.

El inicio de la pandemia nos encontró con un diagnóstico inesperado. Ni remotamente imaginé, nunca, que el cáncer podría estar rondado cerca tuyo. Sano, deportista, medido, prudente, de hábitos más que saludables, sin excesos. Así eras. Todo lo contrario al prototipo de un posible enfermo de esa maldita enfermedad.

Sin embargo, ese dolor de espalda que no aflojaba era literalmente el reflejo de lo peor.

Para llegar allí empezamos una carrera de médicos, especialistas, estudios y análisis. Cada resultado era una nueva embestida para vos, para mí y para todos. Decidiste protegerte: no leías un sólo informe. Me pedías a mí que lo hiciera, casi como oficiar de secretaria. Y así lo hice. De manera silenciosa. Administrando emociones en la medida de lo posible y prudente. Desde el principio hasta el fin.

Luego de esa etapa vino la de los diagnósticos, con algunos médicos más humanos que otros y otros, directamente bestiales. ¿Me

pregunto si la medicina no debería ser una profesión con reválidas permanentes sobre el trato al paciente, que condicione la permanencia en su ejercicio dependiendo de la aprobación de ese examen?

El inicio de un tratamiento bajo protocolo nos trajo dudas y ahí recurrimos a otros médicos, cálidos y sabios, que también los hay, y nos orientaron con amor y paciencia.

Así empezamos a recorrer ese camino semanal de aplicaciones químicas en medio de la pandemia. Íbamos juntos, manejaba de ida y de vuelta. Nunca supe por qué no hubo ninguna deliberación sobre ello. Nunca hubo alguna duda de que para recorrer ese trayecto la conducción estaba a mi cargo, siendo que nunca antes cediste ese lugar sagrado que para vos era estar al volante.

Probablemente, desde el momento de salir de casa, todas las cosas sin importancia quedaban en mis manos para que de esa forma vos pudieras concentrarte en lo que realmente importaba. No hubo definiciones explícitas. Lo tácito funcionaba demasiado bien entre nosotros.

Pocas cuadras hasta el sanatorio. Poca gente en la calle por la pandemia y las restricciones extremas impuestas en esos momentos. Poca permeabilidad en el sanatorio para poder acompañarte. Completábamos formularios antes de salir y respondíamos cuestionarios antes de entrar. Sin embargo, sistemáticamente lográbamos ingresar ambos, paciente más acompañante, toda una proeza en esos tiempos pandémicos. Iba con vos hasta el piso cuarto, esperaba sentada al lado tuyo en silencio hasta que entraras para cada procedimiento y luego bajaba al bar a esperarte hasta que concluyeras con ese día de tratamiento. Así miércoles tras miércoles. Mientras nuestros hijos esperaban en casa, asistiendo a clases virtuales y aislados de patios de colegios, recreos, deportes y amigos que pudieran amortiguar —aunque sea un poco— lo amargo de estas nuevas vivencias.

El proceso fue corto en tiempo, pero eterno en sensaciones. Empezamos en abril y para septiembre el protocolo había terminado. La mejoría fue enorme. Las ilusiones inconmensurables.

Sin embargo, el respiro duró muy poco y hacia finales de octubre volvieron algunas molestias y empezaron a volar las esperanzas. Comenzamos otro camino, interconsultas propuestas por los propios médicos de antes, nuevos estudios, otras instituciones referidas, biopsias que viajaron hacia otros países en busca de algún criterio salvador, rezos permanentes, plegarias al cielo, y mientras tanto, nosotros, cada vez más amontonados los cinco. Nuestro pequeño núcleo compacto. Macizo. Siempre el amor.

El mundo se veía ajeno a lo que estaba sucediendo.

El último día nos encontró a tus hijos y a mi rogando por verte. Todavía duele como herida reciente. Rogábamos poder entrar, pero nos lo prohibían con el argumento de los protocolos vigentes. Apelamos a mil recursos, pero nada era eficiente. Peor aún, nada era suficiente. Buscamos alternativas, nos dividimos en duplas los cuatro para hacerlo menos evidente y cuando al fin lo conseguimos, cruzamos unos metros el lobby y la guardia de seguridad vino a buscarnos cual delincuentes. Imposible hacer entender que vos te estabas yendo y que lo único que necesitábamos eran unos minutos todos juntos antes de tu partida inminente.

Tengo la imagen de nosotros cuatro caminando por esos pasillos celestes, plagados de guardapolvos blancos y rostros escondidos detrás de barbijos inmaculados que se veían decentes.

Y al final nos encontramos. Llegamos a tu habitación y estábamos juntos, vos recostado y nosotros sentados muy cerca. Te hablamos y estoy segura de que escuchabas. Quería que supieras del día a día de nosotros, en especial focalizaba en ellos, les preguntaba cosas evidentes para que respondieran delante tuyo lo que yo ya sabía, pero necesitaba que vos los escucharas de manera directa.

Nos sobresaltamos de repente, alguien entró en la habitación y nos sorprendió reunidos. Una médica de recorrida entró a verte. La inocencia de tu chiquitina, con pocos años, la llevó a esconderse. Instintivamente. Es algo de lo cual aún no puedo reponerme. Con sus pocos años, despidiendo a su padre, estaba en alerta, preocupada por cumplir con las exigencias inhumanas de una institución incoherente. Nos pesaba no tener permiso para estar ahí pero tu vida se estaba yendo, y de igual manera, sin permiso.

La ironía de sentir que el cuidado de las formas se imponía sobre lo de fondo; a lo verdaderamente importante, el doloroso amor de esa despedida. Es curioso que algunas veces la medicina pueda estar tan disociada de lo que realmente le pasa a la gente.

Coraje

La imaginación puede ser un buen ejercicio para aquellas situaciones difíciles que podemos prever. Pensar en cómo abordarlas tal vez ayuda a amortiguar su impacto. Sin embargo, aquello que no tiene cabida en nuestros pensamientos no puede ser imaginado. Por lo tanto, tampoco amortiguado. No hay fórmulas previstas. No hay escenarios ensayados.

Me recosté sobre tu pecho como tantas otras veces. Sin embargo, esta vez fue diferente. Lloré como una niña pequeña, indefensa. O mejor dicho, lloré como nunca antes lo había hecho, como nunca antes hubiese pensado que podría hacerlo. Fue un llanto ardiente. Quemaba por dentro, aunque por fuera parecía indemne. Mis lágrimas quedaron dentro. No quería contagiarte mi angustia.

A pesar de todo pude hablarte. Pude decirte que todo lo habías hecho increíblemente bien. Como siempre. Qué te admiraba profundamente. Que al final te reconocía como mi mejor mentor.

Pude decirte que no hacía falta que insistieras con ese esfuerzo enorme que venías haciendo, en especial en esos últimos días negros. Pude decirte que hicieras lo que podías, que dejaras de pensar en nosotros. Que te sintieras libre. Que incluso aunque me doliera hasta los huesos, nada valía ese esfuerzo descomunal con el cual sostenías la vida aun sin explicación médica. Pude decirte que si sentías que tenías que irte, lo hicieras. Que sólo importabas vos.

Te prometí, con todo el pánico del mundo, que me ocuparía de lo que hiciera falta. Tenía la certeza de que nada sería igual si ello sucedía. Que era imposible que algo resultara tan sólo parecido a lo conocido sin tenerte cerca. Hablaba sin filtro. Hablaba sin pausa. No

había lugar para la razón. Se imponía la fuerza arrolladora del amor más puro y sincero, visceral, aquel que brota sólo desde el corazón.

Me recosté con vos en esa cama de hospital de sábanas blancas. Tan distinta a nuestra cama de hogar también de sábanas blancas. Te abracé en silencio. Físicamente estabas ausente. Sin embargo, por segundos te sentí presente. Fueron pocos minutos como corolario de dos vidas. Porque la mía y la tuya estuvieron allí en comunión, reunidas y resumidas. Medido en minutos: fue todo muy breve. Medido en intensidad: eterno.

A veces me siento bendecida por haber tenido ese espacio. A veces me siento egoísta por haberlo usado. Otras veces me siento valiente por haberlo logrado: dejar volar lo más amado, aun sabiendo que mi futuro estaría en el pasado.

Ese acto de amor fue para mí impensado, de hecho, fue algo que jamás me hubiese imaginado poder realizar.

La soledad

En ese lugar sin sitio, en ese momento sin tiempo, en ese instante, me conecto y te siento.

No hay ruidos, no hay palabras, sólo el estruendo que hace el derrumbe de mi mundo por dentro.

Hay marcas que quedaron grabadas como si hubieran sido hechas con un hierro candente.

Hay silencios que aturden, imágenes imposibles de volver a ver, preguntas que quedan abiertas.

La soledad de una madrugada eterna, juntos.

La soledad de la confirmación de aquello que no se quiere saber, aunque se sepa.

La soledad de un abrazo médico fugaz, formal, ausente, fundiéndose en contraste con mis sentimientos más profundos y viscerales por perderte.

La soledad de saber que tengo que seguir, porque quiero seguir, pero no quiero seguir sin tenerte.

La soledad de despedirte con un beso en la frente.

La soledad de dejarte esa noche, para siempre.

La soledad de retirarme bajando esas escaleras, cruzando la puerta, con tu mochila cargada de vida y la vida sin sentido que me acecha.

La soledad de tener que elegir las mejores palabras para explicar lo inexplicable a los tres soles de tu vida que esperan en casa volver a verte.

La soledad profunda —tan profunda que se siente en el cuerpo—, de aceptar que de ahora en más estarás en el viento que golpea la cara, en el sol radiante de un día frío de invierno, en las olas de una playa desierta.

La soledad de saber que, hacia adelante, mi soledad —que siempre estuvo por vos acompañada— ahora vivirá con ella solamente.

Disociación

Miro para atrás y pareciera que no estuve ahí. Es imposible que esa mujer núcleo tenga algo que ver conmigo. Esa mujer que actuaba, decidía, resolvía, amaba, cuidaba, sostenía. Y sin embargo estuve ahí. Ahí estuvimos. Estoy convencida de que no fui yo, o simplemente yo. Hubo un ejército silencioso. Y un coraje divino que me vino dado, tal vez prestado por esos ratitos, pero estuvo. Miro para atrás y no me reconozco. No es posible haber recibido tantos embates, incluso algunos de quien menos se los espera, y sin embargo haber resistido.

Alguien me habló en términos médicos y psicológicos de que ello es posible gracias a la disociación. Lo mío es más doméstico y sencillo, llano. Estoy convencida de que ello fue posible gracias al profundo amor que circulaba. Esa corriente mágica que hasta en los silencios más profundos, o justamente ahí, en esos momentos, nos envolvía.

Segunda parte

Sin vos

La muerte

Estoy volviendo de dejar a Connie en una fiesta de un cumpleañero adolescente. En la misma manzana, a metros, de ese lugar nefasto donde hace muy pocos meses nos encontramos con la muerte.

Esas calles tienen sabor a esperanza y a desilusión al mismo tiempo. Recorrer esas veredas, transitar por esas cuadras, me remonta a tiempos en donde la vida estaba presente. En donde todos los esfuerzos estaban concentrados en superar lo que por ese entonces parecía una mala jugada del destino o falta de suerte.

Caminar juntos esas cuadras de baldosas rotas en silencio a la par, yendo a cada nueva sesión de tratamiento, se presentaba como la única solución posible y coherente. Engañando los desniveles del piso para burlar cualquier desequilibrio y, de esa manera, sostenernos en pie a pesar de las toneladas de penas que soportaban nuestros hombros por saber, sin decirlo, las dificultades presentes.

Caminar juntos en silencio esas cuadras, rumbo a una nueva consulta, supuso andar con la esperanza en los bolsillos, el corazón en la mano y la oración elevada hacia un cielo celeste.

Caminar juntos esperando una buena noticia entre tantos guardapolvos blancos significaba aspirar a salir más livianos y poder contenerte.

Caminar juntos bajo el sol tibio de ese invierno era lo único que bastaba para sentirnos un poco más indemnes. Recorrer ese barrio de casas bajas, árboles y flores perennes era un respiro con aroma a vida, el mejor paréntesis.

Se supone que la vida es opuesta a la muerte y sin embargo los límites se confunden y te siento tan cerca que me duele, en cuerpo y mente.

Estás en todos lados, te veo y te siento. En mis mañanas solitarias, en los fines de semana con los chicos, en la soledad de un viernes por la noche. En las canciones que aparecen sin buscarlas y me pasean por una cena compartida o por un largo recital bajo un diluvio impertinente o por el baile cómplice y divertido en el medio de una fiesta llena de gente.

Estás en el primer mate amargo, en tu lugar en la mesa, en el deporte que no hago, en las cenas de domingo, en las reuniones de consorcio, en las tardecitas de vereda, en tus frases reiteradas que resuenan de forma insistente.

Estás en el cuidado del medioambiente, en la racionalidad de las decisiones, en la empatía de Agus, en las habilidades de Bauti, en la picardía de Connie y en tu orgullo por ellos que se colaba por tus poros y se expresaba en tu sonrisa llena y permanente.

Estás en mis caminatas por el lago, en el diario de los sábados. Estás en tus amigos entrañables, en tu familia de origen, en los veleros que navegan por el Río de La Plata y en una tarde en el club con lona en el césped.

Estás en la cancha, alentando a tu equipo, en el trabajo cotidiano, contagiando pasiones, dejando huellas y valores a quienes pudieron y disfrutaron conocerte.

Estás en las reformas edilicias pendientes, en los proyectos por venir, en la elección del lugar para el descanso, en la proyección de nuestras vidas después de cumplir con la primera etapa de ser padres pendientes.

Estás en los abrazos de la noche, en las sorpresas preparadas. Estás en esas flores traídas a escondidas para que alguno de los chicos me

las entregue mientras vos jugabas a estar ausente.

Estás en nuestro trago compartido de la tardecita, previo a la cena, desarmando el día vivido y organizando el futuro sin dejar de estar en el presente.

Estás en tu lugar en el balcón, con tu lectura preferida, esperando que al lado tuyo me siente.

Estás en la visión positiva de la vida, neutralizando los fantasmas que cada tanto vienen a verme.

Estás al cruzarnos a Porres y en la fruta obligada de postre que es la antesala del chocolate de siempre.

Estás en el amor bien entendido, dejando volar al otro sin desentenderte. En el apoyo incondicional de quien sabe querer sin límites, sosteniendo a cada uno con amor y distancia prudente.

Estás en la tranquilidad para tomar decisiones pensadas, pesadas y coherentes. Pero sobre todo estás en la compañía cercana de todos los días que ahora falta y hace más profunda la necesidad de tenerte.

Quisiera estar con vos volviendo de dejar a Connie, repasando los cambios de ese barrio tan frecuentado por esos meses. Algunas casas admiradas ahora fueron derrumbadas para dar paso a nuevas construcciones. Veredas reparadas y esquinas pintadas de manera diferente.

Quisiera estar con vos volviendo de dejar a Connie, planeando en qué barcito escondido echar anclas para regalarnos un hueco exclusivo y planear el fin de semana, equilibrando las jóvenes demandas y nuestros propios programas de siempre. Quisiera estar con vos eligiendo el mejor escenario para tomarnos un respiro. Construyendo nuestro retiro, alimentando nuestro nido para abrazar

a quienes quieran permanecer o recibir cuando sea a quienes decidan volar y volver a nosotros de forma intermitente.

Te imagino tranquilo, disfrutando de tus logros, gozando de tus tiempos.

Todo empieza y termina en el mismo lugar. Como si se tratara de un círculo virtuoso que surgió hace años y nos tiene atrapados porque así queremos que suceda. Todo empieza y termina en nosotros y en nuestro mejor emprendimiento. Vuelvo a vos de manera recurrente. O nunca me fui. O nunca te fuiste.

Inimaginable

Hay vivencias que resultan inimaginables. Hay otras que aun siendo imaginadas son imposibles de dimensionar. Como si la racionalidad propia del ser humano nos hiciera creer que tan sólo por imaginarlo podemos estar en ese mismo lugar. Sin embargo, algunas veces, cuando el destino nos enfrenta aun a aquello que pudo ser pensado, puede que incluso en esos casos nada resulte ser parecido, y menos aún igual.

¡Qué aprendizaje violento sucede en ese sentido cuando lo que tenemos delante es despedir a quien elegimos para andar, cuando se trata de la muerte de un amor lo que se debe duelar! Imposible de expresar. Aun cuando uno quiere poner palabras a esos sentimientos, las busca y no las encuentra... tal vez porque ni siquiera existen.

Duele de una forma impensada y novedosa. Ardiente, y silenciosa a la vez. Carcomiéndote por dentro y al mismo tiempo tan a flor de piel, en cada mínimo gesto, en cada mínima ocasión.

Y ahí aparece la conciencia, pero para quien no lo vive, es imposible de imaginar.

Probablemente esa ignorancia es la fuerza que moviliza al entorno, amoroso y al que no lo es, a ofrecer salidas, a tratar de sacudirte para que abandones ese lugar, a pensar en tiempos y en soluciones propuestas, gurúes, analistas, terapeutas. Recetas mágicas. Rutinas nuevas. Propuestas de viajes, ejercicios, salidas, escapadas, flores, hierbas y rezos. Todo es puesto sobre la mesa y ofrecido como bastones y ayuda para poder caminar. Todo se ofrece como alternativas sanadoras o paliativas, violentas o graduales.

Algunos de esos sacudones se sostienen en la obligación. Con el deber. Con el tener que estar bien por vos, por la familia, por el entorno, por el mundo que espera que sigas funcionando como lo hacías antes de que tu universo implosione. La vida no se termina con quien se va, eso dicen. La tuya continúa o debe continuar.

Hay apoyos más empáticos que te invitan a avanzar desde la mirada optimista, a dar vuelta la página, a buscar lo mejor en medio de tanto dolor. Que te invitan a valorar lo que queda, dejando ir lo que ya no está. A vivir en presente porque el pasado justamente es lo que se fue. Pronostican tiempos de calendario para vivir un duelo, pasar fechas especiales, asegurando que al superarlas llegará un alivio necesario para construir lo que se promete, seguramente vendrá, aunque por ahora no se pueda imaginar. Te invitan a realizar cambios y generar nuevas rutinas para poder olvidar.

Como si la mirada sólo tuviese un lugar posible hacia donde enfocar. Como si la vida sólo se jugara hacia adelante sin poder mirar atrás. Como si el pasado pareciera convertirse en una amenaza de la cual hay que escapar. Como si la receta fuese pensar y concretar nuevas experiencias depuradas de quien ya no está. Como si los recuerdos sólo estuviesen permitidos por momentos mínimos. Como si lo contrario fuese una enfermedad.

¿La vida supone caminar hacia adelante sin hacerlo mirando hacia atrás? La vida alejándose de la muerte, como secreto para poder andar. Pero lo que el mundo pareciera no entender es que se trata de una muerte de quien aún sí está, como si la solución fuese soltar lo que en realidad se quiere conservar, aunque sea de a ratitos, justamente mirando hacia atrás.

Registro de un viernes

Y muchos viernes después vuelvo a sentir en el cuerpo la cicatriz de aquel otro viernes singular. Como si el tiempo no hubiera pasado. Una mezcla de tristeza grabada en cada célula y de impotencia que tensa los músculos por conocer el desenlace que desde entonces y hasta ahora se quiere torcer.

Aquel otro viernes estaba en una llamada, conectada con mi mundo laboral, mientras vos descansabas tratando de recuperar fuerzas. Sin embargo, apareciste de repente, haciéndome señas que salías de casa, a pesar de tu resistencia, decidí acompañarte. Una llamada te había despertado convocándote a un encuentro médico imprevisto. Te esperaban.

Estabas tan lindo con tu remera fucsia y ese andar tranquilo y seguro.

Ese viernes 5 de febrero salimos juntos de nuestra casa y recorrimos ese mismo camino que ya teníamos aprendido de memoria. El sol de esa tarde de febrero suponía que estuviésemos en la orilla de alguna playa, sin embargo subimos al auto para hacer una vez más ese camino de adoquines, vías, barreras y árboles robustos que nos escoltaban hasta llegar a destino.

En cuanto llegamos, empezaron enseguida las rondas de consultas, análisis, estudios, diagnósticos, conversaciones con los médicos y luego la decisión de tu internación. Con la entereza de un roble nos besamos de manera tierna para luego separarnos inmediatamente, vos ibas en busca de cuidados médicos y yo a hacer los trámites para tu ingreso al sanatorio. Estabas sereno. Como siempre.

Mi cabeza volaba y mi corazón se rompía a pedazos. Por vos, por nosotros, por nuestros hijos, tratando de pensar cómo fundirnos los cinco en ese mismo instante para quedarnos así para siempre.

Pensando por momentos con coherencia y en otros esperando magia. Rezando de manera sostenida, mientras firmaba una ficha, autorizaba un estudio, escuchaba indicaciones y, luego, manejaba de vuelta a casa yendo a buscar tus cosas para alcanzarte.

Hay caminos recorridos, calles, esquinas, semáforos de ese ida y vuelta al sanatorio que me siguen doliendo. Por ese entonces los transitaba de manera frecuente. Algunas intersecciones en las que me recuerdo distraída, nublada por tener los ojos empapados y mi congoja liberada. Por ese entonces el auto era una especie de purgatorio. Todas mis tristezas, contradicciones, angustias se escurrían en ese lugar y en esos momentos, para luego llegar, al destino que fuese, de manera más liviana y poder atender al resto del mundo o atenderte.

Ahí, dentro del auto, dejaba las corazas, ahí bajaba la guardia, ahí me conectaba con mis miedos más profundos y mis súplicas más intensas. Ahí me derretía hasta recomponerme y reinventarme para estar disponible luego para el resto de la mejor manera posible.

Más de una vez, ahora, cuando me detengo en un semáforo, trato de buscar hacer contacto con quienes están en otros autos. Pienso si estarán viviendo algo parecido a aquello. Observo a la distancia, y todo se siente muy próximo, muy cerca.

Conversaciones

Volviendo de dejar a tu chiquitina en natación advierto que las nochecitas de verano empiezan tibiamente a asomarse y es imposible no volar hacia tantas otras nochecitas de verano compartidas.

Llegabas de trabajar, llegábamos de trabajar, por caminos distintos y con historias diarias diferentes y me invitabas a salir a tomar un trago. Renegaba, rezongaba, por todo lo que me esperaba en casa, las cosas impostergables, las tareas de los chicos, la necesidad de estar con ellos, saber sobre cómo habían sido sus jornadas de colegio, qué necesitaban llevar para el día siguiente... pero siempre, siempre me ganabas. Irresistible. O consentido. Depende de la mirada.

Dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, amaba salir con vos. Repasábamos nuestros días, nuestras vidas, recorríamos historias de cercanos y analizábamos otras de ajenos.

La política o las amistades, la familia o el trabajo, los placeres o las obligaciones. No había tema que dejáramos pasar, no había tema que no compartiéramos. No había mundo que no exploráramos. Sueños construidos. Proyectos. Amores. Deseos. A veces también silencios. Hasta eso y hasta en eso coincidíamos. Respetábamos espacios. Nos acompañábamos. La vida era linda de ser vivida.

Cada año, con la llegada del calor, esos espacios se multiplicaban y eran momentos para planificar vacaciones, apostar al descanso y a la vida compartida. Tiempo destinado a ser disfrutado en familia. Tantas veces pensando opciones, mejores fechas, lugares. Tus teorías sobre esperar a último momento para definir todo y mis

ansiedades de tener todo organizado con mucha anticipación como necesidad de cuidado para los demás.

Pero siempre, al final de cuentas, te dejaba hacer y me amoldaba. Te seguía y admiraba. Por elección. Resistía los embates de los chicos con preguntas sin respuestas, los calmaba y vos, disfrutabas. Esa sonrisa de orgullo que ostentabas de forma casi obscena cuando al final de todo cada verano terminaban siendo las mejores vacaciones de todas; y así año tras año, toda la vida.

Alianza

Anoche alguien reparó que tu alianza estaba en mi mano. Nunca antes la habían visto ni se habían detenido en ella. La llevo conmigo desde esa noche. La miro, la siento, la beso. Te miro, te siento, te beso. Cómo poner en palabras ese mínimo instante en el cual de tu mano pasó a la mía. Cómo frenar las lágrimas. Ese mínimo instante que confirmaba que todos empezábamos una nueva no querida vida. Ese mínimo instante en donde la realidad me sacudía y me imponía actuar con cordura en el medio de tanta incongruencia.

Tomar de tu mano tu alianza fue una despedida adicional. Como tantas, desde entonces hasta ahora y, supongo, hasta siempre. Pequeños actos, grandes símbolos que marcaban y marcan esta nueva realidad.

Subterráneo

Hoy volví a tomar el subte. Días, meses, sin bajar a esos andenes. Hoy volví a verte parado ahí, vestido impecable, de pantalón azul y camisa celeste, con el saco colgado de la mano, por encima del hombro izquierdo. Te vi ahí, luego de dejar a los chicos en el colegio, esperando la primera formación que llegara para subirte y aterrizar en el banco antes que todos, como siempre.

Hoy volví a viajar con vos. Cada uno en su mundo, pero al lado. Cada uno planeando su día. Callados. Metidos para adentro. Pero conectados. Siempre. Te escapabas del chorro de aire de la ventilación en el vagón, te molestaba. Yo lo buscaba para refrescarme. Siempre tan mágicamente opuestos y acoplados. Cualquier cosa que nos sacara de nuestras respectivas burbujas hacía que nos mirásemos y nos entendiésemos. Y si en ese momento no había lugar para comentarios, nos los reservábamos para más tarde, comentarlo en casa, al momento del reencuentro. Esa mágica comunión de comunicarse sólo con un gesto, sólo con una mirada.

En esa época, dejaba el tren antes que vos, me bajaba dos estaciones antes y vos seguías hasta el final del recorrido. Nunca, a pesar de la distancia que hubiese entre nosotros, o la marea de gente, o el calor, o los humores, nunca dejabas de darme un beso y decirme esa frase mágica: "Que tengas un lindo día". Y mi respuesta religiosa: "¡Vos también!".

Pequeños gestos, mínimas rutinas. Complicidades, apoyo y cariño, sobre los que fuimos construyendo cada día de nuestros años, cada año de nuestras vidas compartidas.

Música

Estoy en la parte más doméstica de nuestro hogar. En la cocina, escuchando como Agus proyecta con sus amigas, en este mismo momento, el día de mañana. Escucho música y me asalta una melodía que me lleva a vos.

Cada nota me transporta a esa cena. Tal vez una como cualquier otra. Pero todas siempre distintas por vos, por mí y por nosotros.

Te habíamos regalado entradas para un recital. En ese momento de plena pandemia eran virtuales. Los disfrutábamos de a cinco. Aunque por momentos éramos sólo dos: vos y yo. Siempre mi mejor compañía. Siempre mi mejor programa. Nada más lindo. Nada más pleno.

Como cierre de ese recital nacional sonaba Something Stupid. Creo que nunca la habíamos escuchado juntos a pesar de las decenas de años compartidos. Sin embargo, algo me hizo conectar una vez más, mágicamente, con vos. No puedo recordar si te saqué a bailar. No puedo recordar si concreté esas ganas viscerales de sentirte cerca, abrazados, juntos mientras sonaban esos acordes.

Me gustaba bailar con vos. Movernos acompasados, como en la vida. Sentirnos. Sostenernos. Cuidarnos.

Sabíamos convertir una cena cualquiera en única, en la mejor. Extraño tus gestos cómplices. Tu amor silencioso. Tu mirada pícara, con segundas intenciones. Tus abrazos robados. Tus cosquillas inoportunas que ahora son las más deseadas. Extraño el antes, el durante y el después. Extraño todo. Con todas mis fuerzas y con todo mi amor.

Despedidas varias

Hoy recibí un mensaje de una compañera tuya del trabajo. Me contaba de una llamada con un cliente que le hablaba de vos y le preguntaba cómo estabas. Los que nada saben, no esperan la respuesta y menos aún pueden creerla.

Ese breve intercambio que tuve con ella me hizo tomar conciencia de hasta dónde llega el duelo y cómo se desparrama. Con el mismo efecto que al apoyar la punta de una lapicera de pluma en un papel secante. Hay un núcleo más oscuro donde queda en claro cuál es el centro del dolor, pero luego hay también ramificaciones que se extienden hacia lugares impensados o, más bien, no registrados en los primeros momentos de la pérdida, sino que van apareciendo después.

Las vidas y sus historias, que conocía porque llegaban a través tuyo, esas historias inmediatas que me contabas vos de tus compañeros de laburo o de tus amigos del alma. Experiencias anteriores que muchas veces traías con preocupación, empatizando con otros o que me contabas con alegría, celebrándolos. Cambios de posiciones laborales, experiencias de hijos, acompañamiento de padres, y tantos temas más.

Haciendo números, tus últimos veinte años estuviste trabajando en el mismo lugar. Y de un día para el otro ese día a día también desapareció de mi día a día.

Lo mismo con tus amigos del alma, los recuerdos de tu época de facultad, esas materias de cursada en el último banco, las regatas, las fiestas hace muchos años y las cenas compartidas ya con familias formadas en etapas más cercanas de nuestras vidas.

Y tus amigos del fútbol, algunos con los que jugabas y otros con quienes seguías a tu club fecha tras fecha en forma de ritual.

Los efectos multiplicados de una pérdida. Se me presenta la imagen de la mejor de las cenas, servida en una mesa con vajilla de cristal y delicias para disfrutar, cuando inesperadamente alguien tira de la punta del mantel hasta quitarlo por completo, arrastrando con ese movimiento todo lo que se encuentra disponible para el disfrute, y no queda nada indemne a ese movimiento. Nada queda luego en el mismo sitio. Tal vez algunas piezas se rompan, y aunque otras no, sin dudas van a quedar dispuestas de manera distinta y atravesadas por ese movimiento.

Primera escapada

Y finalmente, luego de meses, decidí tomarme un descanso. Creo que si hasta ese momento no lo había hecho no fue por todo lo que he venido contando: por trabajo, porque es difícil compatibilizar las agendas de los chicos, etc. etc. Creo que lo que no quería era tener que vivir esas primeras vacaciones sin vos. La primera en más de veinticinco años. Nunca, en todo este tiempo, estuve de vacaciones sin vos.

Cada día, cada hora, cada segundo que tuve de descanso, de ocio, fueron compartidos. Me pregunto si extrañarte tanto es el costo de no haber elegido "atomizar" mis vínculos, darle lugar, por ejemplo, a vacaciones con amigas. Sin embargo, también me alegro de no haberlo hecho; nos hubiese restado tiempo, nos hubiese restado experiencias.

Vinimos a Cariló, recorrimos lugares compartidos en familia, en otros años, en otras ocasiones. Estás con nosotros en cada paso, en cada momento. A veces en forma expresa. Venís con alguna anécdota, algún recuerdo de Bauti, de Agus o de Connie. Otras veces, estás con nosotros en el silencio.

Y yo no hay momento en el que no te piense: recuerdos de viajes a Cariló juntos y escapadas, de salidas solos en noches heladas, de caminatas en familia por el bosque, de caminatas de a dos a orillas del mar, de cuatriciclos alquilados y perros corriéndolos al lado —¡y mordiéndote!—, de zambullidas en piletas climatizadas a las que nunca lograron convencerme de que me meta, de siestas sin apuro, de ricos asados.

Cuando me hablan de la valentía de haber emprendido este viaje, por momentos creo que en realidad está siendo un lento suicidio. ¡Es

tan incongruente dónde el mundo pone el foco y en qué lugar lo tengo puesto yo!

Para el afuera es necesario sobreponerse, para adentro, sólo quiero estar cerca de todo lo que tiene que ver con vos. Es algo así como buscar estar cada vez más cerca del sol, aun cuando uno sabe que va a quemar —y mucho—, que el dolor arde por dentro, pero aun así resulta inevitable ir hacia ahí. Recordarte en cada momento nos mantiene juntos, no te suelto, es cierto, pero ¿por qué debería hacerlo? No quiero soltarte. Quiero vivir y revivir mil veces todo lo que caminamos juntos.

El resto del mundo no entiende que esto no es debilidad, al contrario, mucha fortaleza para estar en permanente contacto con el dolor que me provoca la presencia de tu ausencia.

Anoche estuvimos cenando los cuatro. Cómo te extrañamos. Por momentos no pude reprimir mis lágrimas. Mezcla de orgullo por ver a nuestros hijos —con un diálogo tan adulto, tan maduros, tan certeros— y de terrible pena por no tenerte para compartir esto.

Esa sensación de orgullo que explota el pecho y de tristeza por no estar juntos me trajo un recuerdo. Ante hechos sobresalientes de los chicos (que, gracias a Dios, y a mucho mérito de ellos, suelen ser frecuentes) lo primero que hacías era felicitarme. Y yo hacía lo mismo con vos, reconociéndonos mutuamente como partícipes de sus logros. Que privilegio haber podido.

Qué lindo registrar esos momentos y qué emocionante compartirlos. Todo se multiplicaba de esa forma.

En este momento mi memoria me trae el día que me llamaron del colegio para avisar que Bauti sería abanderado y recibiría la bandera en el acto de los de séptimo grado. Te llamé enseguida, entre emoción y lágrimas, te conté todo, con lujo de detalles, cómo me gustaba hacerlo, cómo te gustaba escucharlo. Tuviste pocas palabras, como siempre, pero tan sentidas y cálidas. Entre ellas, ese

“¡¡¡Te felicito por la mamá que sos!!!”. Luego, más tarde, me escribiste un mensaje con una confesión (¡te costaba soltarlas!): “Cómo me hubiese gustado recibir ese llamado”. Tus hijos eran tu debilidad. Y ellos y vos, la mía.

Regreso

Hoy pegamos la vuelta. Volvemos a Buenos Aires. Qué difícil estos primeros días de ocio en familia y con vos en otro plano. Por momentos me detengo, me paralizo, y sigo pensando que no es cierto.

Pienso que nos vas a estar esperando en el departamento cuando lleguemos. Que vamos a contarte todo lo que hicimos y repasarlo juntos. Días de sol y arena, cenas compartidas, algún té rico —que tanto les gustan a las chicas—, la increíble noticia de haber compartido con ellos la pileta luego de la playa, hasta mi incursión en una mini montaña rusa acompañando a tu chiquitina —sabía que ahí hubieses estado vos, siempre compañero de ellos, siempre apoyador, y por eso no pude resistirme—, juegos de cartas, pelotas en la playa, y alguna caminata a solas hablándote.

Extrañamos tus zambullidas en el mar sin importar la temperatura del agua, ni la estación del año, extrañamos tus asados —y la recorrida previa en busca de piñas "abiertas y secas"—, extrañamos tus salidas a correr —aunque los más grandes se pusieron ese ritual al hombro y lo hicieron juntos—, extrañamos todo, ¡extrañamos tanto!

Pasan los días, pasan las semanas, pasan los meses y este dolor no afloja. Se va moldeando, es cierto, pero no afloja.

Esa contención mutua y esa sensación liberadora de estar todo el tiempo compartiendo y formando equipo ya no la tengo, ya no está. Recurro como una muletilla ante cada ocasión a hurgar en mis recuerdos en busca de situaciones pasadas, vividas juntos, para

hacer analogías, tender paralelismos y sentirte más cerca, sentirme más segura.

Es simplemente eso, necesito volver a tener esa sensación de caminar un poco más liviana, sabiendo que cuento con tus brazos para sostenerme, necesito volver a tener esa sensación de refugio amoroso, cuando algo no sale como fue planeado, ese abrazo fuerte y protector que contiene y a la vez es un trampolín para volver al ruedo y seguir andando, fortalecida en tu amor y por él. ¡Cómo te extraño!

Brisa

Es sábado muy temprano, estoy en tu adorado balcón, el sol radiante vaticina un día de calor, pero la brisa fresca aún envuelve. Es increíble cómo el cuerpo tiene registro, memoria. Envuelta en esa brisa vienen a mí infinidad de días compartidos, con el viento golpeándote en la cara... cómo te gustaba. El verano y este aire fresco, envolvente, sos vos. Este viento evoca mañanas juntos en este mismo balcón, tardecitas de verano, días de playa felices que ya no están, un trago por las noches después de cenar, sentados uno al lado del otro en este mismo lugar. Es un día al aire libre, en algún evento escolar de los chicos y una vuelta en bicicleta de a dos o de a tres, con alguno de los chicos. Es un día cualquiera en el este, caminando juntos, es también esos mates en Montoya muy temprano o una caminata por La Barra muy tarde. Es el verano y sos vos.

Hoy, esta brisa suave que me envuelve me pone triste, está incompleta y a la vez llena de vos. Te extraño tanto.

Visita

Ayer tuve que viajar muy temprano rumbo a Rosario. El trabajo me convocaba a esa ciudad y a las cuatro de la mañana salí a la calle con el auto. La empinada rampa ascendente para dejar la cochera era inversamente proporcional a la rampa descendente por la que me encontraba desde hacía ya varios días. Difícil de explicar esa sensación de caída libre emocional, en picada, cuando ante el mundo nos mostramos con los pies sobre la tierra.

El viaje a Rosario se me presentaba como si fuese a Indonesia. Mis ganas de emprenderlo eran nulas. Pero como tantas veces la voluntad se impuso sobre el deseo y allí estaba. Débil, floja, pero iba.

Saliendo de la cochera, al alcanzar el nivel de la vereda me detuve y miré a los costados. La soledad de la madrugada me puso en alerta.

Cuando quise avanzar, por el medio de la calle un globo venía surfeando el asfalto, al ras del suelo, transparente y relleno de corazones rojos flotando por dentro. Su camino no era errático. Se movía despacio, avanzando exactamente hacia delante de mi auto. Esperé para arrancar, observándolo, admirándolo, dándole paso para no interceptar su recorrido. El viento de la madrugada soplaba suave, pero lo suficiente como para empujarlo por la calle desierta. Sin embargo, el viento no se detuvo, pero sí el globo. Se posó exactamente delante de mí. Bajé la ventanilla buscando una explicación, queriendo corroborar la calma del aire como motivo de ello, pero la brisa seguía corriendo suave. El globo no. Con el efecto contrario al que sucede cuando uno descubre que lo que está viendo es una ilusión óptica, advertí que, a la luz de los faros del auto, las sombras amplificadas del globo formaban un gran corazón en el pavimento. Te sentí muy cerca. Gracias por ese regalo.

Cumpleaños

Hoy, por alguna razón y sin saber el porqué, recordé el cumpleaños de tu chiquita más grande. Desde que estás en otro plano, mi obsesión es que duela menos y siempre recordarte. Que me duela menos a mí y que les duela menos a ellos. Es tan difícil.

Quería celebrarla con vos presente, aunque ya no estabas. Quería que esta nueva realidad les doliera lo menos posible. Quería cambiar dinámicas. Construir rutinas nuevas.

En la desesperación decidí que teníamos que alejarnos de nuestro lugar de siempre para encontrarte y encontrarnos desde otro lado. Pensé miles de opciones. Pensé alternativas. Decidí que amaneciéramos en otro sitio. Sorprenderla con algo distinto, que no tuviera el peso de la comparación con lo ya vivido.

Los invité a los tres a armar un bolso, subir al auto y confiar. Qué difícil, pero qué bien lo hicieron. Sin pistas ni respuestas a preguntas ansiosas llegamos a destino: un nuevo sitio. Sorpresa para todos y algo de alivio para mí al ver sus reacciones. Nos quedamos a pasar la noche. Juntos. Acompañados. Con vos siempre presente. Recibiendo su nuevo aniversario de vida en un lugar neutro.

Lo que queríamos todos no estuvo, pero hubo algo distinto, sin comparación con años anteriores.

Nada, nada puede distanciarnos de vos, pero reformular algunas rutinas nos hace poder disfrutarte desde otro lugar y que no nos duela tanto.

Estuviste con nosotros, y nosotros estuvimos con ella, acompañándola y acompañándonos en este primer cumpleaños con

vos desde otro plano.

Devoluciones

Me convocaron para la devolución de Connie por el cierre de primaria. Es el próximo 5 de noviembre. Allí estaré, recibiendo con el corazón abierto lo que tuvieran que decirme. Y con el corazón partido por no poder compartirlo con vos.

Recuerdo hace dos años cuando fuimos a esa misma reunión sobre Bauti. Recuerdo que, como siempre, escuchaste atentamente. Casi no hiciste preguntas. Creo que la emoción no te lo permitía.

Todo bueno, impecable, increíble tantos elogios. Recuerdo que salimos del colegio, los dos con los ojos brillosos e inmediatamente luego de cruzar la puerta del colegio que da sobre 11 de Septiembre, pasaste tu brazo por mi espalda, me acercaste hacia vos, me diste un beso certero y seguro y una vez más me dijiste: "Te felicito por tu hijo".

Venían algunas mamás caminando por esa misma vereda y al ver nuestras caras emocionadas nos preguntaron si había pasado algo. Agradecí la inquietud, pero muy tranquila respondí que estaba todo bien, que salíamos de una reunión por la devolución de Bauti. Una de ellas, conociéndonos, conociéndolo, agregó: "Entonces esas lágrimas son de emoción". ¡Y era cierto!

Egreso

Tu chiquitina estaba terminando su ciclo escolar primario. Vos no estabas para ese cierre. Era un duelo adicional. Nos preguntábamos cómo hacer para extrañarte menos. Sabíamos que sí ibas a estar, pero desde un lugar diferente. Buscábamos algo tangible para sentirte. Algo tuyo que acompañara a Connie durante el acto de cierre. Pensé en uno de tus pañuelos —la modernidad del papel tisú nunca logró desbancar a tus pañuelos de tela blancos e impecables, siempre guardados en el bolsillo izquierdo de tu pantalón de turno—. Pero esa idea no prosperó. Entonces aparecieron los globos.

Esa tarde, mientras padres amorosos organizaban la disposición de las sillas y decoraban la galería del colegio para recibir por la noche a los convocados para el acto de egreso, me acerqué con dos globos blancos. Los atamos detrás del sector de las sillas donde iba a estar ella sentada. Y allí quedaron. Esos globos blancos permanecieron estoicos y presenciaron todo el acto. Nos acompañaron. Nadie reparó en ellos. Pero estaban. Estabas. Y nosotras lo sabíamos.

Recuerdo que al final de la celebración y entrega de diplomas nos encontramos con Connie, nos miramos, y sin que ninguna de las dos pudiera hablar, desatamos esos dos globos de su amarre y caminamos juntas, tomadas de la mano hasta el centro del patio del colegio. En el trayecto, nos cruzamos con alguna niña ilusionada con esas esferas blancas y nos pidió permiso para sostenerlas. Nos negamos de forma contundente. No queríamos compartir nuestro secreto y menos aún torcer nuestra meta.

Y así, en el medio de un patio repleto de gente que festejaba y se saludaba, en el medio del bullicio y del clima de celebración, creamos una burbuja, nos abrazamos fuerte y soltamos al cielo esos dos globos blancos. Estaban rellenos de helio, pero en realidad,

estaban repletos de amor, te los enviamos y mientras se escurrían por nuestras manos sentimos estar comunicándonos con vos, haciéndote presente y, a la vez, enviándote un regalo y al mismo tiempo tendiendo un puente.

Presencia

Me maravilla pensar, tener registro, de cómo estás en cada segundo conmigo. Han pasado meses, han pasado años y aun así hay mañanas en las que me despierto y te busco en tu lado de nuestra cama, extendiendo mis piernas debajo de las sábanas. Busco encontrar las tuyas y entrelazarlas.

Hay días en los que la noche pareciera ser un abismo y en los amaneceres espero un volver a empezar juntos, aunque por más que extienda mis pies no encuentre los tuyos. Hay otros días en los que las obligaciones no dan tregua y me levanto rápidamente, salteando ese ritual de buscarte para sentirnos cerca antes de comenzar el día.

Lo que no deja de sorprenderme es que, aun en esos días en los cuales pareciera que todo está asumido y la aceptación se impone, venís a mí a través de las formas más increíbles. Como hoy, que desperté protestando por un despertador que no sonó y sin conciencia de buscarte al lado. Arranqué tarde, desordenada.

Mientras preparaba las tostadas de todos los días, sonaba la misma radio de siempre aunque la tardanza no me daba margen ni siquiera para escucharla —la radio y esos sonidos de fondo impregnaban nuestra cocina todas las mañanas—. Esas voces lejanas hablaban hoy de las efemérides del día... el día del arquero. De manera directa fui hacia nuestras mañanas de sábado en calle Arce.

Nuestro hijo tenía una pelota de peluche con octógonos de múltiples colores (azul, banco, rojo, amarillo) y un cascabel escondido en el centro. Con su año y pocos meses se sentaba en el medio de nuestras almohadas blancas de la cama grande, protegido y sostenido por ellas, mientras vos jugabas a tirarle “centros” con esa

bola redonda y acolchada mientras lo provocabas para que la ataje. La música del cascabel sonando se superponía con tu arenga para defender el arco imaginario.

Aún puedo recordar el tono de tu voz hablándole mientras jugaban ese juego de padre e hijo. Aún puedo ver tu emoción al momento de lanzar cada tiro, mientras que él se esforzaba por recibirlo a veces de forma segura y otras desafiante.

Primero las sonrisas de ambos y luego las carcajadas. Como un cuento o una premonición ese es hoy su puesto en la cancha. Como prolongando sin saberlo esas mañanas mágicas. La vida pasada proyectada en el presente. Haciéndote parte. Extrañando todas tus versiones, tus ocurrencias, pero recordando lo vivido que permanece, aun cuando ni siquiera tengamos conciencia.

¿Es envidia?

Por esos días turbulentos la pregunta era cómo continuar. Superada, no lograba entender qué hacer ni en qué lugar recalar. Acompañaba a mis hijos a mantenerse a flote, apoyándolos desde donde podía, aun cuando ello suponía estar tocando fondo y sostener a ellos desde lo más profundo del mar. Aunque hundida, aún ahogándome, todas mis energías estaban puestas en mantenerlos en la superficie, a pesar de la tempestad.

En esas circunstancias recibí como una enorme bocanada de oxígeno que invitaran a nuestra chiquitina a un encuentro colegial. Y una bocanada de aire fresco adicional vino dada por saber que ella también quería participar y estaba entusiasmada con esa salida escolar.

Sentí que la red empezaba a desplegarse, había un programa, había una salida, había quién la llevaba y quién la traería cuidando de todos en ese programa estival. Había un ida y vuelta organizado que me liberaba de tener que ser yo quien hiciera esos trayectos para esa salida puntual.

Pensé que nada podía salir mal. Un programa adolescente para sacudir la tristeza y, de a poco, volver a empezar. La despedí en la puerta de casa con un beso maternal y esperé despierta hasta que volviera a nuestro hogar.

Sin embargo, llegó enojada, azotando puertas y con el llanto a flor de piel, a punto de derramar.

Mis preguntas la incomodaban. Lo recuerdo todo muy actual. Pensé en mil cosas. No sabía exactamente qué era lo que le provocaba

tanto malestar. Quise ayudarla y no me dejó acercarme, menos preguntar.

Opté por replegarme y dejarla actuar. Opté por un lugar pasivo y que mi propia angustia pasara a un segundo lugar.

Con el correr de las horas pudo tranquilizarte y contarme un poco más, nos sentamos a hablar. La tardanza de ese padre en irlas a buscar mereció el cuestionamiento de su hija, desproporcionado y sin piedad. Había vivido como partícipe silenciosa durante el camino de regreso una fuerte discusión entre ellos, enojos y reproches por demás. Una hija reclamando a su papá por el retraso en llegar. Su llanto puso en evidencia algo que iba mucho más allá. Ella tan sólo hubiese querido tener en ese momento buscándola a su papá. No podía entender cómo quien sí lo tenía —con algo tan simple como una demora— se podía enojar.

Nuestra chiquitina tan sólo quería tener a su papá.

Tu lugar en el balcón

Ese lugar dice mucho más de vos y de nosotros de lo que puedo escribir. Es un espacio iluminado, enorme, que resume todo, tan amplio y a la vez tan concreto. Es ese sillón blanco que desde las alturas regala vistas despejadas, que transpira veranos.

Es lo que hubo y lo que no hay. Pero también es lo que quedó para siempre. Son esas mañanas de fin de semana, con el sol pegando tibio en la cara y la brisa envolviéndonos, mientras pasaba el día sin prisa, con lecturas deliciosas al amparo de los rayos de tu sol. Ese sillón testigo de los mates amargos cebados de manera dedicada, con la temperatura justa, que funcionaban como anzuelos para retenerme y hacerme olvidar de las tareas pendientes que esperaban ser resueltas allí adentro, mientras que ahí afuera, la vida pasaba despacio y éramos felices con lo mínimo y sin conciencia. No había manera de rechazar ninguno de ellos. Me ataban a ese sillón. Se paraba el mundo con cada nueva ronda cebada. Esas mañanas de complicidades eternas, en ese lugar que era tu templo. Uno de sus tantos especiales. El espacio físico era pequeño y vos lo reservabas y blindabas sólo para nosotros dos. Las demandas filiales quedaban suspendidas a tu antojo. Eras el amo de esos momentos. Marcabas límites con el resto para lograr una cómplice libertad entre nosotros y de esa forma permitías crear un mundo en microcápsulas en donde éramos los protagonistas principales. La historia de amor era la nuestra.

Hoy ese sillón se ve vacío de vos, pero sin embargo gobierna, como un testigo mudo de tu vida. Como testigo mudo de tus modos, de tus formas, tus prioridades y también de tus disfrutes, entre los que yo estaba. Tal vez esa sencillez de lo cotidiano resalta tu eterna presencia que se cuela en los más mínimos detalles de nuestras

vidas. Imposible ignorar lo que se manifiesta día a día de manera silenciosa tan sólo con mirar a través del ventanal y toparse con el sillón que lo gobierna.

Carta abierta

Aunque no acepte sus invitaciones, no dejen de intentarlo, de mi parte trataré de revisar cada vez mi decisión. A veces no es que esté tan ocupada, que tenga un turno médico impostergable o que no me sienta del todo bien para poder estar.

La mayoría de las veces es no querer escuchar las cotidianeidades de siempre, como si el mundo no hubiera cambiado cuando el mío entero se derrumbó.

Cómo explicar que no me pesa la descoordinación de las tareas parentales, ni de los horarios de las salidas, ni la discrepancia de criterios respecto de cuestiones profundas o triviales de la vida, sino que me pesa no tenerlo conmigo para pensarlas juntos.

Es no querer escuchar reclamos a sus parejas que yo desearía seguir pudiendo hacer a la mía. Es no querer revisar programas que nunca voy a concretar. Debería escuchar en silencio o tener que explicar que no es que mis hijos tengan un papá que no se involucra, sino que los acompaña desde otro plano y que hay detalles que tal vez uno aprende o debe pasar por alto a la fuerza.

La cotidianeidad muestra tu ausencia en forma insistente todos los días y a cada rato. En esas decisiones construidas entre padres y también en cuestiones triviales como puede ser completar formularios escolares que exigen las firmas impresas de mamá y papá para habilitar la autorización de turno. Hasta un simple formulario pone en evidencia, de manera simple y silenciosa, la falta que hacés.

Me siento ajena cuando aparecen los planteos para con el colegio, sinceramente no logro hacer que eso me resulte relevante. Como si mi mirada estuviese empañada o mi limpiaparabrisas estuviese descompuesto.

Cada pool que se organiza me encuentra extrañando a mi coequiper. Me encuentra incompleta, como la vida misma. Simplemente porque extraño a mi compañero de ruta, a quien quiero ahora aquí mismo.

Antes lo difícil era más fácil, lo inalcanzable parecía más cercano y lo insoportable se hacía más liviano. Las decisiones eran compartidas y las responsabilidades asumidas de a dos. Esa frase liberadora, de poder decir: "Preguntale a tu papá", hoy no es un recurso disponible. Tampoco lo es poder buscar, luego de cualquier desacuerdo con alguno de mis hijos, un diálogo adulto sincero, apoyador y, siempre, lleno de amor, como refugio reparador para repensar lo que fuese.

Extraño esa sociedad sincera. Ese lugar donde podíamos hablar sin reparos, exponer nuestros puntos de vista, ese lugar donde convergían nuestras respectivas experiencias —pasadas y presentes —, se sumaban y potenciaban para acompañarnos mutuamente en el ejercicio de la paternidad. Antes de niños más pequeños, hoy ya de adolescentes.

Créanme, no es tan importante el lugar de vacaciones si uno tiene en claro con quién quiere estar y tiene la posibilidad de hacerlo. No son cruciales esos permisos a los hijos, los límites que se establecen o las definiciones que se dan. Lo verdaderamente importante es tomarlas a conciencia y con amor, de la mano de quien hemos elegido para caminar.

Aún no logro hacer que me interese cuál es la nueva moda, ni el destino del próximo campamento del colegio. No es que no me interesen los nuevos focos de conflicto que surgieron en la camada de uno de mis niños, ni la necesidad de que incluyan a todos en el próximo cumpleaños del grado para que nadie se sienta ajeno a los

festejos. Es que me duele en el alma las frustraciones vivenciales de mis hijos y no tengo la grandeza para poder atender frustraciones ajenas.

Me siento como ese soldado que huye, reservándose para dar otras batallas. Y tal vez por eso no acepto invitaciones para nuevos encuentros. Y tal vez por eso, porque estoy armándome para seguir, es que les pido que sigan incluyéndome en sus invitaciones a pesar de mis ausencias. Estoy construyéndome de a poco y espero en algún momento sumarme al próximo programa, ir al siguiente evento. Sólo ténganme paciencia.

Fin de año

Fue un año de muchos movimientos.

Viajes al exterior y viajes hacia adentro.

Hubo verano en familia y verano con amigos. Hubo también un verano de mamá para aprender a estar con ella misma.

Hubo entonces tiempos de reflexión y llantos, y de alegrías por alegrías propias compartidas y también por alegrías ajenas. Hubo viajes misioneros por ciudades país adentro, viajes de desafíos matemáticos olímpicos y viajes de giras deportivas.

Hubo también viajes que los llevaron a conocernos y reconocernos desde lugares diferentes y muchas veces a través de los otros.

Hubo viajes que mejor habría sido no viajarlos.

Hubo viajes inesperados, rebuscados y finalmente concretados gracias a la tenacidad de la no renuncia. Reforzando carácter. Y dando confianza para el futuro.

Hubo viajes de trabajo programados y otros urgentes.

Todos los viajes, los lindos y los no tanto, los alegres y los tristes, nos dieron millas, y las millas experiencias. Potencien lo bueno, crezcan apoyados en eso. Que todas las experiencias los conviertan día a día, en mejores personas, que al final de cada viaje, eso es lo único que cuenta. Los quiero infinitamente. Y sin dudas el mejor viaje es con ustedes. Los adoro.

Mamá

Tercera parte

Conmigo

Mi esencia

Desde muy niña fui mi propio refugio. Recuerdo esas tardes eternas en lo de Mama. En esa casa de abuela generosa, en ese patio de baldosas rojas y césped perfecto. Canteros geométricos que servían para delimitar el recorrido que hacía y deshacía una y otra vez subida en una bici heredada, probablemente de mi hermano o de alguno de mis primos. Ser la más pequeña y la única mujer me colocaba, a veces, en un lugar de privilegio y otras tantas en el de ser la última opción, asumiéndose cierta debilidad que demandaba para conmigo consideraciones especiales.

Recuerdo el circuito dispuesto para esas vueltas en óvalo, hablando en voz alta mientras mantenía el equilibrio entre tantas plantas. Recuerdo esas vueltas hablándome a mí misma. Creando mi propio mundo. Escuchándome también. Comenzaba en línea recta paralela al cantero donde estaba la parra, la flor pájaro y los narcisos, en temporada, también algunas rosas sagradas que sólo podíamos mirar desde lejos. Luego bordeaba el cantero de la magnolia, mientras que el limonero quedaba detrás, el camino de regreso era por la recta paralela, custodiada por una pared de hortensias hasta llegar al árbol de paltas que se empecinaba año tras año en privarnos de sus frutos.

Vuelta tras vuelta me hablaba. Vuelta tras vuelta creaba mundos paralelos, los arreglaba —o eso creía desde mi inocencia—, me daba ánimo y, sobre todo, me acompañaba. A veces volteaba para ver a los adultos, dispuestos junto a la mesa principal del patio, quienes mientras tomaban un refresco en esas tardes templadas repasaban la vida del pueblo. Los veía ajenos. Los veía distantes. Como si mi mundo y mi vida no tuviera nada que ver con ellos. Esa sensación de

ver pasar otras vidas, desde un lugar bien distinto, hoy sigue vigente.

Décadas después, en forma reiterada me siento en ese mismo lugar. Veo pasar la vida como si aún fuese esa chiquita pedaleando entre perfumes de magnolias y azahares, aunque ahora también con aromas más amargos. Sola, pero conmigo. A veces la simpleza alcanza, otras veces no basta. Cambian los escenarios, cambia ese mundo de alrededor, antes ocupado en la vida del pueblo, ahora con otras dinámicas, otras intrigas. Sin embargo permanece mi distancia.

Sufro porque no encajo y otras veces estoy feliz por descubrirme intacta. Ser fiel a lo que nos moviliza. A veces siento ganas de gritar mi verdad, pero desisto al entender que sería inútil. La esencia no se transmite, se siente, a lo sumo se comparte con esas almas similares que de manera milagrosa se cruzan con uno de vez en cuando.

La esencia es ese filtro por el cual pasarán todas nuestras experiencias, toda nuestra vida. Probablemente lo bueno que nos llega y aquello que no lo es tanto será tamizado por eso que en realidad somos, aunque pocas veces tenemos la conciencia que nos permite conectar con ello.

Calendario

Desde hace tiempo mi calendario tiene otros tiempos. Funciono desdoblada. Hay una vida que se juega en el día a día. Una vida llena de vida que está viva por mis pasiones: mis adorados hijos, mi familia, mi amor por lo que hago en el día a día y las amistades que nutren.

Y hay otra vida mía que se detuvo hace tiempo. Ahí es donde las fechas ya no corren y quedaron las que había. Ahí es donde más duele, pero también es ahí donde encuentro el mayor reservorio de amor que sostiene, en gran medida, mi otra vida.

Siempre conmigo. Siempre juntos.

Oscuridad

Hoy es un día negro. Siento estar al borde de la locura. No sé por qué. Lo siento en el cuerpo. Escribo para drenar. Ni siquiera tengo algo para decir. Siento. Hay algo que me atraviesa. No sé qué es. Una espina que se siente en el pecho, en la garganta, en el corazón. Una fuerza invisible que en vez de elevarme me empuja hacia abajo.

La disociación entre lo que pienso y lo que siento me preocupa. Temo literalmente enloquecer. Temo lo que pueda hacer para evitar enloquecer. Cuando crees que tocaste fondo y que finalmente comenzará la curva ascendente, de repente, otra vez un poquito más abajo. Como un sinfín.

Pareciera no haber una causa, o son tantas. No lo sé. Busco la secuencia que me trajo hasta acá. No la encuentro. No me encuentro. No nos encuentro. Ni los encuentro.

Estoy sola. O me siento sola. Dicen que no es lo mismo. Depende. Puede que sí lo sea. Puede que en algún punto el estar y sentirse se mezclen, o conjuguen.

Fechas especiales

Y llegamos a otro cumpleaños. Intento que no duela tanto, pero es imposible. Todos y cada uno de nosotros, desde distintos lugares, te extrañamos.

Por momentos siento que nuestro castillo, nuestro tesoro, se desmorona. No puedo sostenerlo, no puedo sostenerlos. Reclamos cruzados, reproches encubiertos, que drenan desde el fondo de cada uno de ellos y salen a la superficie a borbotones, como el agua de una napa subterránea que, aunque se quiera, no hay forma de detenerla. Y esas emociones vienen también cargadas de lágrimas que en su camino se llevan todas mis fuerzas. ¡Qué difícil me resulta cuando no puedo contenerlos!

Cómo mediar entre ellos, cómo ayudarlos. Seguramente tendrías la respuesta, la solución. Hacés falta siempre, y más en estos momentos. Ya sea para desdramatizar con tu toque de humor ácido, para ponerle el cuerpo con un abrazo silencioso o con el estruendo de una frase segura y corta que deja atrás los desacuerdos. El recurso que elegías para cada momento siempre era el apropiado. Tu intervención ubicada, ubicaba... y seguíamos fluyendo.

Sin registro

El entorno intenta de forma sostenida que dé vuelta la página. No se trata de juzgar intenciones. No tengo dudas de que todas ellas, todas, son buenas y desde el corazón. Sin embargo, siento que ver vivir el dolor incomoda. Sentirlo y aceptarlo no es una opción. La sociedad impone dejar atrás lo vivido, en el mismo momento en el cual me aferro justamente a lo vivido como motor para seguir viviendo.

Entiendo que es difícil estar del otro lado. Es difícil saber qué decir, cómo conectar. Tal vez no hay nada que decir y simplemente eso basta para conectar.

Hay una necesidad social de alejar el dolor, apartar de su sentir a quien pareciera que lo está padeciendo, promover la distracción.

Entre líneas, cada mensaje alentando a ser fuerte, a pensar en uno, en los hijos, lo recibo como una invitación a dejar de lado nuestra historia. Una historia que no es historia sino presente.

No quiero olvidarte, no quiero dejar de sentirte, no quiero dar vuelta ninguna página ni superar nuestra historia. Nuestra historia es mi presente. Vivís en cada segundo dentro de mí. Te llevo conmigo donde quiera que vaya. Y sin que ello suponga dejar de vivir. Por el contrario, siento que el amor se multiplica.

Algún terapeuta me indicó quitar todas tus fotos, todas nuestras fotos como si con ello dejaras de estar presente. Sin embargo, todas permanecieron donde estaban. Otros impusieron plazos para entregar tu ropa, sin embargo, la conservo cerca. Te identifica y a través de ella te siento. Esas recetas que se presentan como

magistrales no me cuadran. Lo mío va justamente por el lado opuesto. Buscar tu olor en tus remeras me transporta hacia donde quiero estar.

¿Por qué debería ser buena idea alejarte?

Recreo

Sábado a la noche, escuchando música en la cocina mientras preparo la cena y veo los caminos para llegar al club que toca para acompañar mañana a nuestros deportistas... este momento y este lugar eran nuestros. Juntos mientras sonaba buena música y sin demasiada organización previa, fluían las tareas compartidas. El menú improvisado o los platos adobados desde el mediodía, lo que había a mano o se planeaba con tiempo, lo que fuera, lo preparábamos juntos y coordinados mientras disfrutábamos nuestros tragos o esa buena copa de vino.

Aún te veo con el delantal puesto (pintado por Agus en una actividad del jardín) que era tu uniforme para esos momentos, posesionado en ese rol creativo y relajado de gran chef. Cuántos pequeños momentos que a la distancia son enormes. Cuánto compartido. Y mientras todo sucedía era imposible pensar que esas rutinas tan sencillas podrían ser luego —hoy— el mejor regalo para un cumple que se avecina: una cena preparada juntos y luego compartida también con ellos.

Orgullo

Nuevamente estoy conmigo misma. En un recreo del ruido cotidiano. En un recreo impuesto por las vacaciones de los chicos. Todos volaron, por suerte y por nosotros, que así les enseñamos.

Connie esquiando. Tu chiquitina adora bajar por las montañas. Seguramente allí estás vos. Allí te siente ella. Me emociona cada vez que recuerda ese viaje que hicieron juntos, solos. Bendición extrema que hayan podido disfrutarlo y disfrutarse.

Bauti transitando algunos caminos ya recorridos por Agus, pero ahora en sus propios zapatos. De Misión en Catamarca. Y mi sorpresa enorme y felicidad inmensa que haya decidido embarcarse en esa experiencia. Tan grande Bauti y tan noble. Tan vos que me conmueve.

Y Agus en el norte, con Natalia. Ejerciendo su madurez con una solvencia que me impresiona y me transporta directamente a vos porque te llenaba de orgullo.

No resisto no poder mirarte a los ojos y que me transmitas esa plenitud divina que te provocaban ellos. Como siempre, sin mayores alardes. Medido, cuidado pero seguro. Como si siempre hubieses tenido la certeza de que todo iba por el camino correcto. Nada referido a la educación de los chicos te sacaba del eje. Esa tranquilidad que tenías respecto de ellos era un remanso amoroso para mis ansiedades y preocupaciones. Si pensaba que algo no funcionaba, si pensaba que en alguna cuestión referida a ellos estábamos por el camino equivocado, te buscaba y ahí estabas, transmitiendo seguridad, convicción, certeza. Extraño todas tus

versiones, pero sin dudas esta es una de las cuales más me hace falta.

Entorno

Hay familia que funcionó como familia, pero también como viejos amigos. Y amigos que en este tiempo fueron familia. Algunas personas que hubiese querido más cerca pero no pudieron. Y otras que pudieron, pero no lo eligieron. Como si todo hubiese sido barajar y dar de nuevo. Conocer de nuevo a los de siempre —en algunos casos con tristes desilusiones, como si el duelo se expandiera—, y recibir a otros impensados con agradables y amorosos gestos mínimos que se hacían enormes en el desierto por el que tocaba caminar.

Es que no es sólo no tenerte, es ese efecto dominó de la muerte que se derrama por cualquier hendija formando grietas. Pero como bendición del cielo también aparecen nuevos brazos que vienen a nuestro encuentro y de alguna manera construyen caminos y tienden puentes para cruzar por encima esas grietas, reinventándonos.

La rueda de la vida, donde todo gira y lo que queda es brutalmente distinto a lo que había, aunque muchas veces amortiguado por cirineos presentes en esta nueva etapa de nuestras vidas.

Repaso

Y aquí va pasando otro verano. Ninguno parecido a los vividos juntos. Te extraño siempre. Tus hijos están más grandes. Los miro y no puedo evitar emocionarme.

No soporto las preguntas sin respuestas, y tengo tantas acumuladas. Creo que no hubieses resistido tu orgullo por ellos. Los amo. Y te amo. A pesar de todo lo que creo que la vida me ha privado, no puedo dejar de agradecer por todo lo que también me ha dado. Sin dudas nos potenciamos siendo nuestra mejor versión. Y me enfoco en mantenerla. Aunque a veces cuesta tanto.

Estuvimos unos días en el mar. Compartiendo los cuatro. Estando los cinco. Sosteniendo rituales, inventando nuevas rutinas. Todo es enorme sin vos en este plano.

Pregunta

Es increíble cómo no dejo de sorprenderme. La inocencia o imbecilidad humana. No logro distinguirlo. Tal vez porque prefiero no hacerlo para no sumar pesares. Uno anda como anestesiado. Nada es tan terrible ni tan genial. Como si viviese suspendida entre algodones. No por los cuidados, sino por las amortiguaciones. Me hablan de frustraciones. Mi interior se subleva y reprimo mis gritos. Pienso que no vale la pena ningún esfuerzo explicativo. De cualquier manera, sería inentendible para quienes no han calzado estos zapatos.

Me cuentan frustraciones de hijos que se transmiten como terribles —la exclusión de un programa, perderse el fútbol del domingo, no poder participar de un festejo de cumpleaños, un viaje en suspenso — y automáticamente me transporto a las frustraciones de mis hijos un día del padre —soledades y angustias—. Y pienso en esos meses acompañándote codo a codo, sin respiro, sin sostén y al final, sin horizonte. Teniéndonos sólo a nosotros cinco. Contra el mundo que seguía girando, preocupado por la pandemia mientras nosotros nos consumíamos con vos en cada miércoles de tratamiento. Pienso en esas esperas interminables en salas sin esperanza. En esos días largos de análisis y malos resultados. De esperas eternas. De esfuerzos inmensos por sostener lo imposible. Y pienso en todo lo que quedó por hacer, en aquello planeado juntos y también en aquello que la vida ni siquiera nos dio tiempo para imaginar.

¿Me enoja? Puede ser. Pero al mismo tiempo, me duele. Como si el mundo nunca hubiera tomado conciencia o, peor aún, como que hubiese dado vuelta la página. Como si los afectos, incluso cercanos, de pronto se olvidan de que nuestro presente sigue siendo, además de lo nuevo, todo lo que fuimos.

Proyectos

Nuevamente hoy quisiera tenerte. Fue uno de esos días donde pude ver la concreción de un proyecto, pude disfrutarlo y, al mismo tiempo, negarlo por el dejo amargo de que no estés.

Hoy se concretó un proyecto incubado en dupla, pero parido en soledad. Hoy nuestros hijos pudieron ver el fruto del esfuerzo compartido, la concreción de una historia que llegó a su fin luego de años de esfuerzos. Me tocó presentárselos sola. Sin embargo, también fue con vos. Les conté tus propósitos, compartí con ellos tus inquietudes y pensamientos. Escucharon atentos, escucharon drenando emoción.

Me desespera la idea de que no puedan aprovechar tu visión impecable de la vida. Tus consejos, tus reflexiones. Se los cuento. Sin embargo, no dejo de sentir que te estoy traicionando. Imposible trasladarles a ellos de manera fidedigna tus ideas. Sencillamente porque a algunas no las conozco, sólo las imagino. La certeza del camino recorrido me fortalece y me planta en un lugar, pero las dudas sobre qué ruta hubiésemos tomado ante nuevos escenarios, duelen. Indecible lo que me esfuerzo en cada paso por pensar qué hubieras hecho. Imposible acertar con la respuesta. Me resigno y simplemente te traigo a nuestro día a día. Para que ellos piensen, pero sobre todo, para que ellos te sientan.

Cómo hacer para adivinar qué hubieses dicho en cada nuevo momento, ante cada nueva situación que no se presentó mientras estabas con nosotros. Necesitamos tenerte, oírte, sentirte. Es tan difícil tratar de responder por vos. Las preguntas se recrean, surgen, se transforman y vos no estás para darnos tus respuestas. Nos quedamos con las que había. Y tratamos de adaptarlas a nuevas

situaciones. Nos quedamos con una foto, pero necesitamos que sigas siendo parte de nuestra película.

Es tan difícil esa dicotomía entre lo que había y lo que hoy somos.

Me quedan mil preguntas y algunos enojos por no encontrar las respuestas. ¿Cómo es posible que la vida siga sin que sepamos qué pensás ante cada nuevo desafío?

Buscamos recursos, hurgamos en conceptos del pasado, aplicamos la lógica y proyectamos a futuro, utilizamos conceptos básicos proyectados a situaciones disímiles: lo cierto es que no te escuchamos y te necesitamos. Intentamos aplicar hacia adelante las vivencias del pasado. Sin embargo, nada es igual. El misterio de la vida y también de la muerte es insorteable, y el interrogante sobre cómo hubiese sido con vos nos quedará como materia pendiente, hasta que nos volvamos a encontrar en algún lugar o, tal vez y por qué no, hasta que nos regales alguna señal.

Me toca entonces crear nuevas respuestas, algunas con ingredientes del pasado, aunque condimentadas con otros del presente y confiar en el resultado con la certeza y tranquilidad de que todo se mezcla y combina con el más sincero amor.

Mientras tanto

En este tiempo los momentos fueron infinitos. Hubo un tiempo de celebraciones, el egreso de un séptimo grado y un primer día de trabajo. Una prueba de manejo habilitante para tomar el volante. Hubo un cumpleaños de quince con globos estrella. Una primera afeitada de un hijo adolescente.

Devoluciones varias en reuniones de padres individuales y reuniones de padres grupales a las cuales, por mucho tiempo, llegué última y me fui primera para evitar ese intercambio familiar de quienes van en dupla para compartir esas vivencias. Hacerlo así, dolía menos.

Hubo viajes planeados de a cinco y concretados de a cuatro. También otros directamente pensados y disfrutados con los que estamos. El primero de todos a un lugar ya conocido, pero en hospedaje distinto, con la ilusión de que de esa forma se sintiera menos el no tenerte, aunque el resultado no haya sido ese exactamente.

Hubo llantos compartidos y otros en silencio. Espacios comunes y otros exclusivos para convocarte. Dispusimos de un cuaderno que gobierna nuestro living para escribirte las vivencias que queríamos contarte.

Hubo aprendizajes de reglas de juego de un deporte en el cual antes no era necesaria mi presencia. Y otros sábados y domingos de deportes ya conocidos que hubiésemos celebrado juntos y de forma sostenida.

Hubo noches eternas tratando de acompañar a solas lo que antes hubiésemos sostenido de manera conjunta. Permisos indecisos,

dados o negados, en forma dubitativa, cuando en el pasado nos hubiésemos acoplado definiéndolos juntos, de manera segura y contundente.

Hubo visitas médicas con diagnósticos inesperados que merecían ser compartidos. Mañanas de ausencia. Definiciones trascendentales. Hubo desacuerdos con quienes siempre acordamos. Y encuentros con quienes tal vez pocas veces pensamos de manera coincidente.

Hubo sorpresas, de las buenas y de las no tanto. Hubo nuevas rutinas abrazadas con afecto y volaron otras que anhelamos los cuatro. Hubo silencios imposibles, y otras veces palabras repetidas como mantra imitando la forma tal cual vos las decías, con tu entonación, como si de esa forma aún te escucháramos.

Aunque es difícil, la vida sigue rodando y por momentos me siento ajena, en otros, respiro y me dejo llevar, con la certeza de saberte cerca, en algún lugar.

Desafío

Hay días en los que te extraño con mayor intensidad. Hay días que ponen en evidencia que esto no es lineal. Hoy es uno de ellos. La vida sigue, atrevida. Un día sucede a otro y a veces sucede de una manera dulce, adormecida en tu presencia. Sintiéndote cerca y otras muy lejos. El desafío de sostener a nuestros hijos es enorme. Pareciera que sin quererlo se turnaran en sus avatares adolescentes. Ellos son tres. Pero de este lado sólo hay un refugio para contener. Eso es enorme. En especial cuando la alternancia no se presenta y se conjugan al mismo tiempo demandas infinitas que aun si fueran individuales y exclusivas al ser recibidas por uno sólo se multiplican en su efecto.

Me pregunto cómo serían nuestras dinámicas. Como me verías. ¿Seguiríamos siendo esa dupla férrea ante los desafíos de los hijos? ¿Cómo sería nuestra convivencia? ¿Tus espacios se habrían ensanchado? ¿Cómo reaccionarías a mis temores de siempre? Proyecto tu abrazo protector a cada una de las nuevas situaciones y viene a mí el recuerdo de una sensación de alivio que no siento desde hace mucho tiempo. A veces me quiero bajar de esta rueda y no encuentro la manera de hacerlo.

No reniego de la vida. Sí lo hago de tu ausencia. De aquellas vivencias suspendidas. De los proyectos pendientes. De las conversaciones no tenidas. De los programas inconclusos.

Qué dirías si me vieras. Sigo buscándote. Queriendo regresarte y regresar a ese lugar del cual siento que nunca nos fuimos y de ese refugio compartido. El mejor de todos, entre tus brazos. Y si no es posible, aunque sea bajo tu mirada.

Buscarte

Pasan los días, los meses, los años, y sigo teniendo la necesidad, en ciertas ocasiones, de dar un paso al costado y buscar, donde sea que estés, conectar profundamente con vos. Como un ejercicio que me lleva a mi eje, a nuestro eje, me aparto del bullicio, te busco y te encuentro. A veces son escenas conocidas y puedo adivinar tus respuestas. Otras tantas son nuevas experiencias. A veces alguien viene a mi rescate. A veces me dejo rescatar. Otras tantas miro pasar la vida desde un lugar en soledad.

Entiendo lo difícil de ponerse en el lugar del otro, lo intentan y lo agradezco, otras veces me siento invisible, y otras tantas también lo intento yo.

En muchas ocasiones funciona y la vida me regala cirineos. Otras tantas me sacuden devoluciones que parecieran monólogos, sin ninguna conexión. No me interesa el consuelo y menos aún la compasión.

Tal vez sí el silencio cuando es mejor opción que la frase dicha sin ningún tipo de empatía ni emoción. El silencio en vez del comentario superfluo que choca con la profundidad de mis sentimientos.

Tal vez pretendo que no me miren si sólo lo que ven será el tema de la próxima conversación. Esa maldita manía que tenemos de opinar. Algunas vivencias son imposibles de imaginar. Sin embargo, doy gracias infinitas a quienes caminan a nuestro lado simplemente tratando de acompañar, sin pretender enseñar. Es justo que diga que esas personas también están.

Proceso

Una de las cosas que más me ha dolido de este proceso es el haber tomado conciencia de que uno nunca termina de estar "dado de alta" sino que lleva el duelo a donde quiera que uno vaya y a donde quiera que uno esté. No hay vuelta de página. Siempre hay situaciones nuevas, distintas, en donde quisiéramos estar con vos. Siempre va a haber un comentario disparador que nos lleva a vos. Creo que darme cuenta de que esto no pasa ni va a pasar, pesa mucho, y ese peso enorme también está en aceptar que hoy es distinto.

Me pregunto cómo sería esta etapa nuestra, de padres de adolescentes. Con hijos terminando el ciclo secundario. Te necesito tan cerca para ver a nuestros hijos crecer y pienso a futuro, en posibles nuevos hitos en sus vidas, y te extraño a cuenta.

Quiero que nuestros hijos crezcan plenos y sean felices y a la vez no quiero que nada pase si vos no estás al lado nuestro para compartirlo. En cada celebración, cada acto, cada meta y por supuesto, en cada traspié, te sigo buscando. Espero tu mirada orgullosa para compartir sus éxitos y tu abrazo protector para contener los fracasos.

Sueño

Pocas veces viniste a visitarme. Al día de hoy, contadas con una mano. Ese misterio de no saber el porqué está latente. Me lo pregunto, pero también me entrego a las no respuestas. Sin embargo, hoy disfruto nuestro encuentro por la tarde. Un día de playa frustrado por las nubes negras me obligó a quedarme en casa y sin quererlo me venció el cansancio y entonces, ahí estabas. No sé si puedo explicar el sueño completo o sólo algunas de sus partes. Fue raro, y tal vez por ello lo recorro de manera insistente para tratar de entenderlo y estirarlo.

Estabas refugiado en una habitación imponente, con cama grande al centro y cubrecama en tonos dorados. Necesitabas descansar y desconectar del resto del mundo. Tenías molestias en tu cuello y me pedías ayuda para alivianar ese dolor. Como siempre, corrí en busca de recetas mágicas que suelo tener siempre bajo la manga. Salí de esa habitación directo al lugar donde guardo los medicamentos, en busca de una crema artesanal con aroma a hierbas que pensé en aplicarte para distender tus músculos.

Algo raro sucedía entonces, en la búsqueda de ese ungüento recorría pasillos eternos con pisos de madera oscura dispuestos en largos listones —como los de las casas de antes— y boiserie trepando por las paredes hasta media asta.

Caminaba con paso decidido, directo al lugar donde se encontraba la crema milagrosa que te liberaría de tus molestias.

Al encontrarla me invadió un alivio y sólo quise cuanto antes volver a verte. Sin embargo, el camino de regreso no fue tan sencillo ni lineal, me equivocaba de puerta, o de puertas. Abría y cerraba

alternativas, pero vos no estabas en ninguna de ellas. La habitación tenía distintas entradas, pero aun abriéndolas a todas no estabas donde esperaba verte. Me desesperaba no dar con la puerta correcta, la que me llevara hacia vos de la forma más directa. Me desesperaba porque no había tiempo. El tiempo volaba y sólo podía pensar en que cada minuto que pasaba era uno menos para llegar con el alivio a tu encuentro. Sin rendirme y con perseverancia seguí insistiendo hasta lograrlo.

Me acerqué hacia vos con un libro en una de mis manos (aunque no recuerdo si era tuyo o mío) y la crema en la otra, dispuesta —e ingenua— a aplicarla cuanto antes para sanar tus dolencias. Al llegar al borde de la cama me mirabas con calma, como desinteresado por lo que llevaba conmigo, pero preocupado. Me decías que me sentara. Querías que habláramos...

Increíble. Siempre fui yo la que quería poner todo en palabras y vos, menos paciente, buscabas la acción sin verbo. Increíble. Yo resolvía los problemas hablando (o eso creía) y vos actuabas de manera directa.

Me conmovió tu propuesta de diálogo y surgió la vocación de escucharte en forma inmediata. Sin embargo, al mismo tiempo luchaba conmigo misma para no huir en busca de resguardo para batallas futuras. En un minuto entendí perfectamente que la conversación propuesta tenía que ver con lo que ambos sabíamos que, aunque sin decirlo, nos esperaba. Ahora, en sueños, se estaba dando esa conversación pendiente con la cual coqueteamos tantas veces en esa habitación horrible de sanatorio celeste. Ahora esa conversación parecía querer completarse durante una siesta de verano, luego de varios años.

Todo lo que quería por aquel entonces viniste hoy a proponérmelo, pero ahora no pude recibirlo. Me desperté sobresaltada, queriendo saber más de vos, queriendo escucharte, queriendo tenerte mientras

atajaba tibias lágrimas que se escaparon sin permiso mientras dormitaba.

Esa conversación que tanto busqué por aquel entonces y a cuya ausencia me resigné por respeto a tus tiempos, estuvo hoy a punto de suceder, aunque por alguna razón —tal vez más profunda que el simple despertar— quedó nuevamente en suspenso.

Por aquel entonces sólo hubo un atisbo de abordarla, pero te quebraste antes de empezar. Te escuché las primeras tímidas y entrecortadas palabras, hiciste un silencio y paraste en seco tus razonamientos... te dolía tanto pensar en nuestras vidas sin vos que preferiste la retirada.

La introducción la escuché con el corazón partido en mil pedazos, actuando una entereza que me era ajena y vino prestada, callé, asentí, te aseguré lo que querías escuchar, que coincidía exactamente con lo que pensaba. Una vez más compañeros y confidentes, compañeros y coincidentes; y el privilegio de disfrutar de una profunda comunión que nos permitía estar ahí, juntos, aunque sabiendo sin decirlo que estábamos al borde de un abismo, caminando a la par por la cornisa.

No tengo ninguna duda de que yo no era quien te hablaba. Quien estaba ahí, sentada al lado tuyo, tomándote la mano. Lo recuerdo más nítido de lo que quisiera, pero lo pienso y es imposible que haya podido soportarlo.

Como siempre, una vez más te dejé hacer y me sumé a tu estrategia, seguí tu ritmo y luego de esa primera estocada, juntos también nos batimos en retirada. Dimos vuelta la página y quedaron por escribirse esas líneas que son tal vez las que hoy viniste a completar.

En realidad, por aquel entonces sólo sabía lo que no quería, mientras empezaba a entender que era probable. Me aferraba fuerte a cada segundo. La conciencia del tiempo se vuelve enorme.

Las cuestiones mundanas que resolver hacia el futuro, lo que había que hacer o no hacer, quedaría en todo caso para mí cuando fuere que tuviese que ser. La conversación profunda, pendiente, quedó flotando, pero la conexión entre ambos era cada vez más intensa.

Elijo quedarme con eso y pensar que, en todo caso —tal como hoy lo intentamos en sueños—, ya llegará el momento en el cual finalmente me cuentes aquello. No tengo dudas de que será a tu modo, y me amoldaré, como siempre. Te estaré esperando en otra siesta de verano o en cualquier momento.

Presencia

La vida no deja de sorprenderme, de a ratitos dejo de luchar contra esos mandatos que pretenden imponer a la felicidad como si se tratara de una contraposición a todo lo que tenga que ver con la muerte. No hay dudas de que no hay felicidad en no tenerte. Pero sí la hay en todo lo que dejaste y en todo aquello en lo cual nosotros sabemos reconocerte.

Y así te siento vivo. Cerca nuestro. Es ridículo pensar que puede haber algo bello a pesar de no tenerte.

Y sin embargo, ver a tus hijos crecer se parece también a tenerte. Escucharlos entonar, tan adolescentes, canciones nuestras es un regalo inmenso que hace que te sienta vivo y presente. Pienso en tu sonrisa de costado, con tus brazos cruzados en el pecho —como si fuera necesaria esa acción para contenerlo y que no explote por tanta dicha de verlos transformarse en seres tan plenos—. Hoy los tres están cerrando ciclos y me desarmo entre la dicha que me provocan y las ganas de que puedas estar conmigo para abrazarlos bien fuerte y en silencio.

Sin embargo, me armo de coraje y decido ser feliz en este momento a pesar de no tenerte. Ser feliz por lo que fuimos, por lo que construimos y por los logros de ellos a pesar de no tenerte. Te felicito por lo que has construido, como seguramente vos los hubieses hecho conmigo. Estás en cada uno de ellos. Sin quererlo, sin saberlo, pero presente. Tienen tus gestos, tus modos, tu mirada en sentido amplio, te llevan con ellos en su andar por la vida y me alegro por ellos. Siento que están de alguna manera a salvo porque tu esencia los protege. Como si me tomara un permiso, aflojo las exigencias y confío en el futuro. Tan sólo por saber que tu esencia

sigue intacta y está presente. Agradezco al universo saber que vives en cada uno de ellos. Y agradezco al universo porque de esa manera sé que no estás ausente.

La vida después de la muerte finalmente es esto, algo que nunca esperamos pero que sin embargo tiene la cuota justa para sostenerse. Una historia con presente. No es como quisimos, ni como imaginamos, pero acá estamos haciendo fuerza para que las pequeñas grandes batallas cotidianas no nos derriben, en un esfuerzo enorme pero también lindo, porque estás vos y están ellos, todos mezclados, de manera irreverente. Lo construido —incluso sin haber tenido conciencia de ello— se mantiene intacto a pesar de los sacudones inclementes.

La vida después de la muerte es sentir que estás vivo en cada acción de ellos que sin saberlo drenan tus gestos, tus palabras, tus reacciones absorbidas en una edad sin conciencia. El regalo más lindo es saber que estás vivo en cada uno de ellos, aunque de maneras diferentes. Agradecida porque sigas, aunque sea así, al lado nuestro.

Viajes

Estoy de viaje y cada vez que me encuentro en algún lugar en el cual sé que vos estuviste con anterioridad, te recuerdo de maneras más intensas. Viajar a esos destinos en lo que sé que has estado, pero yo no, es como redescubrirte y volver a encontrarte.

Nos quedaron proyectos pendientes, entre ellos algunos viajes soñados por hacer. A algunos de ellos los tomé como desafíos para ayudarme a seguir. Son justamente esos destinos que teníamos pendientes para concretar juntos.

Llegar ahí es escucharte hablándome de ellos. Ciudades que te enamoraron. Calles, paisajes, pasajes, sensaciones, secretos, sabores, descubrimientos. Y hay algunos lugares que, al verlos ahora por primera vez, me sorprenden desprevenida, sin buscarlos, y me llevan a lo que me habías contado sobre ellos. Los identifico por tus descripciones. Funcionan como disparadores.

Saboreo eso con cierta nostalgia, pero a la vez con felicidad, me llena, me nutre, porque siento como que, a pesar de todo, seguimos construyendo nuevos diálogos. Nos seguimos encontrando. Como si por unos breves momentos burláramos a la muerte y siguiéramos de viaje juntos. Como si, a pesar de todo, quedaran cosas por compartir.

Estar viva, disfrutando lo que resta y de los que quedamos, para mantenerte vivo, acompañándonos. Al final, uno es el guardián de lo compartido, de lo vivido, el guardián de los recuerdos, de esos viajes hechos y de los que quedan por hacer, de la música escuchada y de la que vuelve a sonar. De las rutinas, las frases repetidas —algunas

como mantras— que te traen a nuestro presente, los gustos conocidos y los que se están por descubrir... seguís estando por acá.

Sin saber

Y al final hay un día en el cual, sin preludios ni preparación, sin avisos ni entendimiento, sin lógica, la espesa niebla empieza a disiparse. No es que a partir de allí, luego, todo permanezca de esa misma forma y con esa misma tendencia. Es tan sólo la sensación de estar saliendo de una nube espesa, por momentos negra e intensa, para pasar a una neblina más tenue. Es como viajar en un avión que atraviesa nubes de distinta intensidad. Y observando todo por una ventanilla mínima, la mirada hacia el exterior va mutando. Sin tener dominio sobre el rumbo, de repente se producen claros. Y si bien es cierto que el instinto provoca el querer apoderarse esos nuevos paisajes y que ese aclarar se mantenga e incremente, a veces, volvemos a lo más denso. Pero también volvemos a salir de ese lugar y a tener nuevas u otras visiones más livianas.

Son tan variados y diversos los motivos que nos pueden llevar de uno a otro lugar, transportarnos. Pero tal vez lo importante no sea exactamente dónde ni cómo nos encuentran cada uno de esos momentos sino tener la conciencia de que cada uno de esos lugares no son una estación final ni permanente. Entender que todo es movimiento, aliviana. Tanto cuando estamos en el medio de una nube espesa y negra como cuando transitamos una sutil neblina, incluso a veces, atravesada por rayos de un sol radiante que nos invita a abandonarnos en su tibieza; todo pasa.

El enorme desafío es entender que todo cambia y a la vez, también todo permanece tal como estaba. No hay finales ni principios, sino un aceptar lo que es, recordar lo que fue y estar con el corazón abierto para lo que será.

¿Qué verías?

Me pregunto qué verías hoy en mí. Qué te enamoraría. ¿Seguirías admirándome de manera silenciosa y sostenida, dejando hacer y acompañando, bailando cerca? Cuántas dudas, cuántas preguntas, cuántas ganas de compartir. Cuántas angustias que se vuelven más profundas sin tus abrazos. Si pudiera tener un ratito más. Una conversación, un brindis, una cena, una salida a caminar. ¿Qué me dirías?, ¿qué te diría? ¿Cuáles serían nuestras diferencias y cuáles nuestras coincidencias? ¿Nuevas rutinas con hijos más independientes? Qué sería de nosotros. Me duele lo que no fue y caigo en la tentación de suponer que todo sería perfecto, pero no lo sé. Tampoco lo sabremos. Es difícil asumir la duda, la falta de certezas.

Sin embargo, lo que nos trajo hasta aquí —lo bueno y lo malo— lo conocemos, y aun parada en lugares oscuros o en esos radiantes y llenos de luz, puedo sentirme plena y bendecida por haber coincidido con vos, aunque sea en una parte del recorrido de nuestras vidas.

Al final me di cuenta

Y al final me di cuenta de que no iba a pasar. O al menos de que no iba a pasar como se entendía o se entiende que debe pasar. Que no hay capítulos que cerrar sino una misma historia que se escribe de a partes, con los mismos personajes, más allá del lugar donde cada uno de ellos está.

Al final entendí que no hay tiempos para el duelo, que no hay un primer año calendario para transitar, ni primeras fiestas, ni primeros cumpleaños, que no hay fechas especiales para superar; o sí las hay, pero que no es necesario olvidar, sino recordar. Y que también hay otras tantas fechas nuevas y que no por ello las de antes tienen que quedar atrás.

No se trata de dar vuelta la página y empezar algo distinto. No se trata de soltar. Se trata de integrar y amalgamar lo que fuimos, lo que estamos siendo y lo que de una u otra forma, será. Siempre juntos. Desde donde sea y como sea. No se trata de finales ni de fotos aisladas sino de una película que continúa rodándose. Aunque no podamos verte, sabemos que estás.

Al final pude descubrir que además de lo vivido —siempre presente — habrá nuevos eventos para compartir e incluso para celebrar. Habrá nuevos desafíos que merecen ser transitados juntos, nuevas alegrías, sorpresas, nuevos logros de los hijos y nuevos eventos para festejar; y también nuevas soledades que serían mucho más livianas si en presencia física me pudieras acompañar.

Entender eso fue liberador. Fue soltar y no soltarte. Fue entender que podemos seguir juntos a pesar de todo. Fue entender que nuestras vidas estarán atravesadas por la tuya pase lo que pase. Fue

entender que no hace falta olvidar para caminar más liviano. Todo lo contrario. Hace falta recordar fuerte y entender que la muerte no nos separa. Que estamos juntos, aun cuando no tengo tus brazos para dejarme abrazar. Como dice una canción: “Pastillitas del olvido, tengan el recuerdo vivo de la noche que te vi bailar”.

Ese baile, que siempre fue acompasado, sigue vivo. Y hay un tiempo que quedó detenido, es cierto. Pero entonces, no es pasado: el tiempo detenido está ahí, y es imposible dejarlo ir. Vive con nosotros. Vivís con nosotros. Te celebro y soy feliz por lo que fuiste, por lo que fuimos, por lo que sos y por todo lo que no tengo dudas que será. Siempre conmigo. Siempre juntos.

Agradecimientos

A mis hijos, Agus, Bauti y Connie, simplemente por ser ellos. Los miro y no dejo de maravillarme por lo enormes que son. ¿Cómo lo hacen? Para ellos, toda mi admiración.

A mis padres, por haberme preparado para andar los caminos de la vida.

A mi hermano Andrés y familia; a Juan y Mague; a Mariano y Ana, por estar cada uno desde su lugar y por haber sido, más de una vez, mi mejor relevo cuando no he podido afrontar ciertas situaciones.

A mi amiga María por estar siempre cómo y cuándo lo necesitábamos, por acompañarnos desde el amor sincero, y por hacerme creer que iba a poder, lo que me llevó a que muchas veces pueda.

A Iru, por desplegar tan amorosamente su madrinazgo, y junto con Nacho y toda la familia por haber sido nuestro refugio en tantas ocasiones. Por estar. Por queremos.

A Pao y Pipo, por su infinita empatía y generosidad, estando siempre atentos para amortiguar ausencias y abrazarnos cada vez que hizo falta.

A María por su ayuda cotidiana, organizando nuestro hogar y acompañando en silencio nuestros humores cotidianos.

A mi querido Lado Bueno por ser el más sublime espacio que supimos conseguir para sostenernos mutuamente desde el amor y el

humor. Sin dudas fueron el mejor rescate y, a la vez, el mas perfecto cable a tierra, mirando permanentemente al cielo.

A Ceci, por honrar la medicina, la vida y por hacerme crecer en la fe.

A Marilín y Luis, Maru y Mariano, Paula y Juan, Pau y Ale, Trudy y Tato y todos los papás y mamás que en estos años han estado cerca de mis hijos, haciéndose presentes en situaciones especiales, permitiéndoles a ellos ser parte de sus espacios familiares, sumándolos, dándoles cabida o, simplemente, acompañándolos.

A mis amigas de toda la vida y a aquellas de mi vida más reciente, simplemente por estar, ya sea desde la distancia o a metros mío, pero todas cerca.

A Ale e Ine por esa mano amiga en cuestiones prácticas y también en las más profundas.

A Cari Durn, por haberme guiado en esta increíble aventura y por haber creído en mis letras mucho más que yo misma.

Y definitivamente, a vos, por lo que fuimos, por lo que somos y por lo que sin dudas aún seremos. Siempre juntos.


EL GUARDIÁN
LITERARIO